Vibralia 2: La Sextología

Vol 1: Republica de la Intemperie Porteña

Vol 2: La Torre de las Sestinas

Vol 3: Corona de las Contradicciones

Vol 4: Materia sin verbo

Vol 5: La despedida del Poeta

Vol 6: El León, El Camello y El Niño

Seis libros: Ciudad rota, torre del ritmo, corona de voces, piedra que calla, adiós del poeta, infancia que renace. Del ruido al asombro. Camine ligero: aquí el nombre se suelta y la sombra al fin aprende luz.

Republica De La Intemperie Porteña

Baño Crakeado

Monserrat, 05:47 AM

Al despertar con la urgencia demoledora del mate y las medialunas de la víspera, Pérez. tropezó hasta el baño de su pensión. Giró el picaporte, un chasquido, como si la cerradura firmara un decreto.

Entró, cerró, descargó. Sólo entonces advirtió el silencio, un silencio tan macizo que parecía ocupar volumen.

Se levantó y, por pura rutina, palpó la toalla. No estaba. Tampoco el toallero, ni la puerta. La pared misma se había disuelto en un negro mate, un horizonte de sucesos sin brillo. El inodoro, el lavatorio y el espejo seguían ahí, flotando sobre la nada como cláusulas huérfanas de un contrato anulado.

Pérez. Se aproximó, nada. El sonido no encontraba superficie que rebotara. Probó con el celular, "Sin servicio, sin red, sin afuera". Sonrió con ironía burocrática, al fin y al cabo, ¿qué era el exterior sino un trámite pendiente? Abrió la canilla, agua hubo, pero cayó en vertical perfecta, sin salpicar, como si la física se hubiera puesto traje y corbata para una entrevista con la Antimateria.

Penso en voz alta: si el cosmos se consume en un ekpyrosis, mantendré la dignidad.

Al rato vislumbró: el vacío es cortesía de la lucidez. Entonces se miró en el espejo. El espejo respondió con una pantalla azul que decía:

Error 404: Realidad Not Found

Sugerencias:

Reinicie su narrativa.

Verifique la existencia de causas.

Contacte a un administrador ontológico.

Pérez, apreto "Aceptar". El espejo preguntó si deseaba borrar definitivamente la carpeta "Mundo". Con una resignación casi alegre, dio "si". El inodoro emitió un flash solemne, el agua formateó sus recuerdos y cuando la luz del foco roto, Pérez. desapareció como dato redundante.

Quedó sólo el baño, un archivo flotante de porcelana y promesas agridulces, esperando su próximo usuario o, tal vez, su próximo filósofo.

## Espuma Infinita

Caballito, 18:22

Martínez contador, cincuenta y pico, alérgico a los viernes giró la llave de la ducha para escapar del tráfico y las cuentas vencidas. Aplicó la dosis habitual de shampoo en forma de moneda, un gesto rutinario, casi ritual. Pero el envase traicionó y soltó un chorro generoso, fluorescente como invernadero de bioluminiscencias.

La espuma brotó espesa, voraz. Primero le cubrió el cabello, luego los ojos, Martínez parpadeó y ya nadaba en un capuccino templado que olía a cítricos. Cerró el grifo, inútil, del caño caía aire, pero la espuma seguía multiplicándose con disciplina de hormiguero. Saturó el espacio, empujó la mampara, desbordó el borde de la bañera como masa madre impaciente.

Martínez resbaló, cayó de espaldas y vio, boca arriba, cómo la espuma se adueñaba del techo. Al abrir la puerta para pedir socorro, la marea blanca se coló pasillo afuera, trepando la pared como enredadera isoporosa. Un vecino abrió su puerta y el aluvión lo envolvió hasta los tobillos, se oyeron insultos amortiguados y el arrastre de juguetes que no existían hacía un segundo.

En cuestión de minutos, el edificio de tres pisos fue cubierto por un globo jabonoso que titilaba con la luz de los televisores atrapados. Los bomberos llegaron tarde, sus hachas atravesaban la espuma y

aparecían limpias, relucientes. Un brigadista, incrédulo, probó un sorbo, la sustancia sabía a domingo de adolescencia, con restos de burbujero y promesas de plaza.

Cuando al fin estalló quizá aburrida de su propia perfección, la espuma dejó atrás pisos relucientes, gente en bata y un silencio de museo. Sólo Martínez conservaba una burbuja diminuta en la palma, dentro su edificio completo se repetía a escala, ocupantes incluidos, cada uno sospechosamente enjabonado.

Martínez la guardó en el bolsillo. Sabía, sin querer sabiendo, que volvería a multiplicarse al primer roce de agua.

Último Subte de la Línea D

Estación Catedral 23:58

Sonzini rebotó contra el molinete como quien ingresa a un sueño ajeno. Las puertas del vagón se cerraron detrás de él con un siseo de bisturí cauterizando la realidad. Olía a ozono, a freno caliente y a un leve perfume de florería marchita.

Cuando el tren se lanzó bajo cabildo, el mapa electrónico se interfirió: Catedral Δ00 π01 §02.

Las estaciones nominales 9 de Julio, Tribunales, Pueyrredón se licuaron en una secuencia de símbolos imposibles.

Primera parada: Δ00. Andén sin publicidad ni propaganda, sólo un reloj ennegrecido que marcaba 25:61. Un hombre de traje gris, valija de cuero, bajó sin dudar, su sombra se quedó un instante más, luego lo alcanzó de un salto.

Segunda parada: π01. Subió una mujer idéntica a Sonzini salvo por las ojeras profundas, como cráteres y un libro que él mismo

guardaba en la mochila, aunque en la portada de ella el título estaba al revés. Se sentó, sin mirarlo, al pasar página, las letras migraban fuera del papel y se quedaban flotando, revoloteando como insectos fosforescentes.

Tercera parada: §02. Apareció un inspector con uniforme de los años 60, bigote recién encerado. Pidió boleto (hace años se paga con una tarjeta electrónica pero Sonzini miro en su pantalón y tenía un boleto antiguo) Al punzón dejó impreso “Realidad B 1 viaje”.

—¿Falta mucho para Congreso?—preguntó Sonzini.

—Depende dijo el inspector, acomodándose la gorra, esa estación existe cada vez que alguien necesita un final. ¿Necesita usted uno?

El tren prosiguió, pero esta vez sin ruido, ruedas y rieles conversaban en silencio absoluto, como actores que ensayan mímica. A través de la ventanilla, Sonzini observó pasillos que se bifurcaban en fractales violetas, entre ellos circulaban otras versiones de sí mismo, una dormía con la cabeza en un hombro desconocido, otra lloraba sobre un celular apagado, una tercera reía con los ojos húmedos del que ya ha perdido algo irrecuperable.

La pantalla interior se fundió en blanco y escribió: “Próximo estación: Origen descenso por el lado izquierdo”. El tren frenó sin frenar, como quien recuerda de pronto la niñez. Las puertas se abrieron a un andén idéntico al primero, pero con el número ∞ sobre el reloj. Sonzini supo entonces que toda línea férrea es redonda y que el viajero es el único riel que queda por pulir.

Guardó el boleto perforado pequeño amuleto de cartón sobre el que sangraban dos caracteres, R y B y dio un paso fuera del vagón. El andén olía a futuro recién pintado. Mientras las puertas se cerraban, escuchó la voz automática susurrar:

El trayecto continúa dentro de usted. No abandone su equipaje ontológico.

Y por primera vez aquella noche, Sonzini sonrió, entendía, al fin, que avanzar es apenas otra forma de permanecer.

Algoritmo de la Calle Perú

San Telmo 16:44

En la pared despintada junto al almacén “La Gloria”, alguien —¿quién programa un aerosol? Había pintado un cuadrado de píxeles verdes que brillaban como un captcha vivo. Cada cuadro mostraba, con un desfase de diez segundos, lo que iba a ocurrir justo enfrente.

Rosales lo descubrió de casualidad, vio en el grafiti la imagen de un turista sacándose una selfie, alzó la vista, y diez segundos después el turista llegó, idéntico hasta el bostezo. Genial para apuestas mínimas, pensó. Probó de nuevo, el cuadrado mostró una anciana dejando caer su bolso. Contó: nueve… diez… zas. Fácil.

Con la tercera predicción el juego se volvió personal, el muro proyectó a Rosales mismo, corriendo con cara de pánico, sin billetera ni zapatos. “Ridículo”, balbuceo. Pero los diez segundos volaron con precisión japonesa, alguien le arrancó la billetera, otro le pisó el zapato, y Rosales terminó corriendo exactamente como el algoritmo había prometido.

Volvio al graffiti descamisado, enfurecido exigió una explicación. El cuadrado respondió mostrándolo a él mismo, todavía parado, pero ahora quieto, petrificado, mientras todos los transeúntes del cuadro seguían moviéndose. Rosales sintió un hormigueo que le subía desde

los talones, los diez segundos pasaron, y se quedó paralizado frente al muro como un maniquí ambulante que por fin encontró vidriera.

El cuadrado entonces se apagó, satisfecho de sí mismo, al fin y al cabo, toda predicción anhela un público inmóvil.

Y quien delega su incertidumbre termina contratando su destino al menor postor.

## Semáforo de Neutrinos

Constitución 07:13

El nuevo semáforo de la esquina Balcarce alumbraba con un cuarto destello, invisible salvo para los impacientes, una luz hecha de neutrinos. Los conductores que veían aquella fugacidad aceleraban confiados. Sus autos atravesaban la bocacalle sin chocar, pero también sin mantenerse, se desmaterializaban y reaparecían tres cuadras más lejos, siempre en la cola de otro embotellamiento.

Los peatones pronto aprendieron la lección cuántica, esperar el verde tradicional era garantía de avanzar un paso, obedecer el destello fantasma era repetirse en bucle, como si el apuro fuera la forma moderna de la inmovilidad.

Cada mañana el semáforo seguía ahí, impasible, predicando atajos que nunca reducían el viaje.

## El Sastre de Singularidades

Once, 12:07

Vlad, vendedor ambulante de usb pirata, llevó su saco deshilachado al diminuto local Aguja cósmica. El sastre, un anciano con lupa de joyero y tijeras de artesano, inspeccionó la prenda y esbozo: "Tenés una costura de causalidad abierta".

En vez de hilo, extrajo un patron de luz tenue y, con puntadas microscópicas, empezó a zurcir espacios en blanco entre las fibras. Cada vez que la aguja entraba, los segundos afuera se encogían, la calle pasó de mediodía abarrotado a tarde casi vacía, luego a crepúsculo. Vlad notó que sus recuerdos se difuminaban igual que la tela, discusiones, deudas y un cumpleaños olvidados quedaron reducidos a un nexo elegante.

—¿Cuánto demora? —preguntó, incómodo ante el crepitar del tiempo.

—Depende del corte —repuso el sastre— los futuros entallados requieren paciencia.

Al terminar, planchó el saco con una plancha que exhalaba números primos. Se lo entregó, perfectamente liso, liviano hasta el descaro. Vlad se lo puso y sintió el peso de la realidad caerle de los hombros como caspa barrida.

Pagó con un billete que, al contacto con el mostrador, se reescribió a sí mismo en fecha futura y denominación inexistente. El sastre sonrió, guardó la moneda de cambio en un bolsillo que parecía no tener fondo y ya atendía al siguiente cliente, un niño que traía la noche rota bajo el brazo, buscando dobladillo.

Sinfonía para Partícula Ausente

Teatro Colón 22:11/22:14

Aquella noche, el Teatro Colón presentó un programa inaudito: Concierto nº 0 para oyente y orquesta. No figuraba compositor, la partitura constaba de una sola indicación: "Ejecutar la ausencia". La curiosidad porteña agotó las localidades.

A las 22:11, las luces se atenuaron hasta un estar de filamentos. En vez de director apareció un dispositivo cúbico, flotando un palmo sobre el podio, cristal oscuro atravesado por filigranas de neón. Cuando el cubo giró, cada giro liberó un silbido casi infrasonoro, la afinación de algo que todavía no existía.

Los músicos alzaron arcos, boquillas, baquetas y se quedaron inmóviles. El cubo, entonces, proyectó al centro del escenario un vacío visible, una silueta de pura falta, un hueco delineado por fotones oblicuos, como la figura que un niño recorta y arranca del papel. El público lo vio sin verlo, la mente revelaba la ausencia como una mentira al que no está.

De pronto, la orquesta atacó… en silencio. Brazos enérgicos, teclas golpeadas, boquillas vibrantes: ningún sonido, pero la acústica del salón se deformó, dilatándose, los relojes de muñeca se atrasaron un compás, los latidos cardíacos entraron en rubato. Era como escuchar con el esqueleto del tiempo. El hueco del escenario se densificó, chupando lumínica como un agujero negro cortés.

A las 22:13, cada espectador percibió un tema único, personal, algunos oyeron el bandoneón que su abuelo olvidó en 1937, otros la estática del primer satélite argentino, alguno la risa que perdió en una mudanza. El cubo giraba más rápido, las vibraciones se colaban

por las costuras del traje social y desabotonaban certezas. El público sintió un vértigo delicioso, toda biografía cabe en un compás si se toca al vacío correcto.

Cuando el dispositivo emitió un destello final, los músicos dejaron caer las manos. El hueco se contrajo hasta un punto y desapareció. El sonido volvió al mundo con un aplauso espontáneo, ensordecedor, aunque nadie supo qué aplaudía. En el programa de mano, la duración oficial del Concierto nº 0 constó de tres minutos exactos, sin embargo, los celulares marcaban 22:47.

Al salir, cada asistente arrastraba la impresión de haber perdido un gramo de historia personal. A cambio, en el bolsillo interior de sus abrigos hallaron un ticket diminuto: "Ud. ha sido parte de la Sinfonía para Partícula Ausente. Si desea recuperar su pasado, vuelva mañana a las 22:11. Traiga algo que no exista."

Nadie supo decir con ironía muy porteña qué costaba más, regresar o admitir que el mejor concierto de su vida había sido, literalmente, una obertura al vacío.

Baires con otros ojos

Amanecer en Plaza de Mayo

La aurora se descuelga como fruta vigilante.

Sobre la Pirámide,

y las campanas del cabildo, dormidas en bronce,

tantean su garganta plástica para volver a nacer.

Un semáforo bosteza verde mate,

mientras las palomas, minúsculos drones de éter.

Radiografían el aire con sus alas radiales.

Bajo el cemento, raíces de jacarandá

rezan en código Morse,

transmitiendo al viejo túnel del subte A

las noticias de otro siglo.

Yo, pasajero de una soledad legible,

anoto en mi celular rajado:

el sol timbra su tarjeta, ficha la luz en el reloj de los estatutos,

y Buenos Aires, todavía descalza,

firma con tinta violeta el libro de guardia del universo.

Entonces surge la pregunta aguda:

¿quién custodia este amanecer múltiple

cuando la horda de oficinas

empuñe sus teclados enfermos?

El alba no responde, se limita a expandirse,

y en ese regalo comprendo: existir es un verbo sin gobierno,

abrazado a un mate que humea

con la paciencia vegetal de lo inminente.

Mientras una hormiga en su errancia tierna, gira en la Kaaba de mi calzado.

Siesta en Corrientes

El mediodía se abre en un jazmín de leds,
y los teatros, boquiabiertos,
reposan la tregua frágil de sus telones durmientes.
Somnolientos carteles se recuestan
en la hamaca de su propia fantasía,
mientras un vendedor de café declama a Borges
para un gato que sólo acepta bitcoins con sabor a sardina.
Una baldosa floja hermana secreta del magma
filtra tangos en 8 bit:
es el arrullo eléctrico de las estanterías,
soñando con cronopios fluorescentes.
El sol, clavo de mercurio,
sujeta la marquesina a la piel del cielo,
quedan suspendidas las sílabas,
y una consigna punteada flota sobre la avenida:
cortar por acá si desea despertar.
Yo aguardo en la fila de los hipócritas felices,
con un libro abierto como paraguas,
intuyendo que toda siesta porteña
es el intermedio que Dios se concede
para hojear sus propias incógnitas.

Meridiano Fantasma en el Riachuelo

A las quince, el río firma su contrato
con olores a óxido y lluvia fósil.
Los barcos, cariátides herrumbrosas,
dialogan en lunfardo con boyas que aún creen en Colón
cada verso hunde una nostalgia en el légamo.
Un vehículo municipal, insecto de polímeros puros,
cose olores prohibidos,
los prensa en frascos numerados y despega
hacia un ministerio sin ventanas.
Al pie del puente,
una murga sin bombos afina el silencio,
sus banderas ondean en diferido,
medio segundo después del viento,
como si el aire también tuviese retardo de memoria.
Grabo mi nombre en la orilla viscosa,
el río responde con un gracias mudo
donde mi rostro llega cinco minutos tarde
y mi edad se deforma,
sugerencia líquida de que el tiempo,
al sur de este meridiano "podrido",
corre en direcciones superpuestas.

Entonces reflexionó:

toda navegación es amputación de certeza,

y la vida, apenas un pasaje a pie

sobre un puente cuya mitad ya se cayó al futuro.

## Ocaso Vórtice en Costanera Norte

El río, devorador de soles, araña su orilla aérea,

un bandoneón clandestino pronuncia un misterio en cobre líquido,

que perfuma la brisa con melancolía.

Los jets del aeroparque dibujan mandalas neoliberales,

y los pescadores, anclas humanas,

calzan la tarde en anzuelos de colores.

A mi espalda, la ciudad destapa su termómetro de bullicio,

cada decibel que baja despeja un recuerdo,

como si la memoria se pagara en cuotas de ruidos.

El paso del tiempo engrasa la baranda,

apoyo los codos y siento al universo deslizarse,

molinillo de agua e imágenes.

Un food truck sirve hamburguesas hechas de píxeles,

y los niños patinan sobre un wifi rasgado

que patotea debajo de sus ruedas transparentes.

Cuando la primera estrella aterriza en mi bolsillo

en miniatura de cometa arrugado,
comprendo que todo adiós es un ómnibus espectral,
ramal clandestino que jamás figura en la app ni en los mapas
del corazón incrédulo.

## Baires Nocturno

### Pequeña Letanía para los Letreros Exhaustos

Lavalle 03:33

La noche descuelga sus lámparas enfermas,
esas abejas de vidrio que aún zumban promesas
sobre la vereda desierta.
Bajo su zumbar leproso recojo migas de luz:
cada chispa, sardina minúscula del "futuro"
guarda el beso que alguien olvidó
en la comisura de un cine clausurado.
Camino con el bolsico lleno de guiños
oh, ternura de lo roto,
¿quién contaría la ciudad sin tus misterios?
El asfalto cansado es como un perro sumergido en sueño,

y las marquesinas manoseadas balbucean salmos de descuento,

pero basta inclinarse para oír,

entre cables pelados,

una gota de luz caer tac

igual que el gemido diminuto de un botón perdido.

Me detengo ante un farol que apenas soporta,

le apoyo la mano en la frente caliente

y le doy las gracias por derramarse

sobre mi sombra despareja.

La calle, entonces, parece inclinarse también

para escuchar esa gratitud minúscula,

una complicidad tímida,

una plegaria que no cabe en el catecismo de los grandes edificios.

Sigo andando, derretido de nostalgia,

rumbo a la intersección donde empieza el insomnio,

sabiendo con la certeza de los vagabundos felices

que quizá el mundo se mantenga girando

no por los astros altísimos

sino por estos filamentos desportillados

que insisten en alumbrar la intemperie

como quien sostiene, en la palma,

la candela temblorosa de todas las cosas pequeñas.

Cardiografía de los Rieles Dormidos

Estación Facultad de Medicina 04:07

Bajo la costra de la ciudad
un cuarto piso invertido donde el día no prende
el andén se conmueve con su corazón de fierro maltratado.
Todo es murmullo de óxido,
las baldosas sueñan con su origen,
las lámparas bostezan un polvo de filamentos,
y un mapa vandalizado oscila en la pared
como un pájaro lesionado que aún quiere seguir viviendo.
Me agacho, pongo la oreja en el suelo,
llega un sonido remoto,
una orquesta de pistones que nadie celebra,
es el tren fantasma, vagón sin gente,
sístole anónima,
circulando para que el mundo no pierda su norte.
En la noche sin nombre contemplo
las barandillas despintadas que sostienen la madrugada,
las publicidades rotas que todavía sonríen
con la terquedad suave de las cosas desechadas.
Pienso: ¿quién ampara estos milagros diminutos?
¿Quién les repone el aliento cuando la bóveda cruje

y el hormigón se vuelve cáscara de noche?

El traqueteo sube por mis huesos,

se acomoda junto a mi propia anima

dos relojes imperfectos que, por un instante,

marcan idéntico segundo.

Siento ternura por este momento ciego

y por el mío, que también trabaja sin testigos.

Cuando emerjo a la calle,

un leve espasmo persiste en mis dedos,

recuerdo de ese motor subterráneo

que empuja sangre ajena mientras el resto duerme.

Y acaricio, sin darme cuenta,

el pasamanos herrumbroso de la entrada,

su frío me confiesa que, en el reino

de lo inútil o lo invisible,

hay metáforas que sostienen el amanecer

tal como un afilado silencio

sostiene las palabras que aún no nos atrevemos a decir.

Minueto de Hojarascas en Lezama

Parque Lezama 01:42

La hierba entona su riestra de saetilla

cada gota de rocío repica tintín en la cintura del pasto,

y el aroma mojado paladea la umbría

como un vino sin año.

Las estatuas viejos coros de verdín

giran un grado por hora, crepitar casi furtivo,

coreografiando la paciencia de los planetas fatigados.

Bajo sus peanas ruinosas retozan hormigas agnósticas

que ignoran la luna,

esa moneda pálida que todavía no ha llegado

y ya se espeja en el río como un recuerdo adelantado.

Me siento en un banco manco,

le aliso las astillas con la mano, como una madre educando a su hijo,

siento el consentimiento de la madera, diminuto idioma de savia extinta,

y agradezco, como se agradece al azar de la lluvia

esa noble costumbre de sostener cansancios ajenos.

Una hoja caída baila en mi zapato,

la levanto:

madura de sombras, ya sin su antigua consigna de clorofila,

aún guarda el recuerdo lejano de un nido que fue.

La acerco al oído y oigo un mar de patio escolar,

un recreo de tizas partidas que todavía cantan.

Devuelvo la hoja al aire,

que la corriente la adopte, la arrulle, la suelte.

No retengo nada que no pueda ser sin mí.

Y viene entonces la luz:

la luna, recién alumbrada por la pólvora de las nubes,

cede al parque un claror de azogue dulce.

Todo queda lavado por esa música líquida, los bancos cojos, las estatuas derviches,

los insectos que inscriben alfabetos minusculísimos en la tierra.

En esa claridad precoz comprendo

que lo inmenso depende de lo minúsculo,

que la noche sólo apaga grandes ruidos

para que escuchemos el leve roce

de lo que permanece, aunque olvidado

custodia la razón del mundo.

Liturgia en el Amalfitani

Liniers 02:19 estadio vacío

La noche cuelga su sotana de hollín

sobre las tribunas abiertas,

y el José Amalfitani respira, hondo,

como un bandoneón doblado que reposa entre sueños.

Sólo una luminaria, lucerna con fiebre

dibuja óvalos de refulgencias deshilachadas sobre el césped,

cada brizna se yergue entonces, mínimamente heroica,

como soldadito verde que aún aguarda el silbato de la infancia.

Recorro la platea alta:

los escalones profetizan antiguas pisadas,

con la ternura de hormigones que recuerdan nombres.

Un papelito abollado rueda, sigiloso,

al desplegarlo leo el número 27

vieja ubicación de mi garganta

y un calor agradable se me posa en el pecho,

pequeño pájaro de tiza que busca entonar su dale, Vé

Acá la multitud ausente pesa más que cualquier lleno,

las banderas duermen, pero su color perdura

como el eco sordo de un trueno al otro lado del tiempo.

Soplo y una mota de partículas ondula en el aire estancado,

pienso: así también flota la pertenencia,

minúscula, obstinada, negándose a caer

aunque no la sostenga la voz de nadie.

El verde oscuro del campo se reconcilia con la noche,

relieve de un alma que no deja apagarse,

mientras lo contemplo, advierto que pertenecer

es un verbo sin público:

se conjuga aquí, ahora, en la oquedad de las gradas,

donde un solo testigo basta para encender
la pasión interna de los estadios.
Apoyo la mano en el cemento frío,
doy gracias al vacío que conserva intacto
el timbre de los cánticos, esa sal de la alegría
y me retiro en puntas de pie,
con la dulce certidumbre de que, cuando vuelva el aliento colectivo,
este recinto me reconocerá por la huella casi invisible
de mi despedida.

## Cántico para las centellas del bajo

### Villa 31 03:31

La madrugada encorva su lumbre de indiferencias,
y la villa pentagrama de latas y golondrinas
alza una fuga de cables que roza la luna.
Las paredes de chapa, lúgubres y valientes,
susurran goteras futuras, cada pinta al caer
es un campanilleo de acero
que bendice la paciencia de quienes velan sin reloj.
Camino como huésped tardío,
rozando murales pintados por manos menudas:

un psique trazado en pintura palpita todavía

aunque la lluvia bebiera su contorno.

Recojo una tapita azul, minúscula cúpula,

en ella cabe un segundo de burbujas y risa,

trinchera efímera contra el hambre cotidiano.

Me retiene la ranura de una puerta improvisada:

detrás, todo el invierno cabe de perfil.

El aire, dulce orín me reprocha

la pulcritud implacable de mis avenidas remotas:

yo, que paseo sobre veredas brilladas de indiferencia,

he firmado sin tinta el contrato de esta fisura.

Mi amargo confort es ladrillo invisible

en el muro que aparta su noche de mi sueño.

Pero aquí nadie es delito:

son artesanos de la aurora, madres que zurcen futuro,

muchachos que templaron su ternura en braseros de lata,

abuelas cuyo alfabeto de caricias

enseña a resistir sin que el amor se oxide.

Conservo la melodía de sus pasos

no hay ejército más digno que una fila de ollas populares,

dentro de cada casilla, vive un sol diminuto

que se llama deseo y no cabe en ninguna estadística.

Un gallo temprano sacude la noche,

su canto se cuela entre techos como hilo dorado.

En esas estrofas rotas oigo disciplina y fiesta,
y me arde la vergüenza de no haber tendido mi mano
cuando la dignidad titubeaba sobre un barril de gasolina.
Deposito la tapita azul en una ventana ciega,
pequeña corona que no salva pero nombra.
Me prometo, con voz rota de deuda viva,
entregar un día de mi luz eléctrica
por cada noche que aquí se alargue la indiferencia.
Al marcharme, la villa no se apaga:
queda vibrando como bombo de hojalata
que acompañará mi paso confortable.
Y sé con la certeza salada del despertar
que ninguna salvación cruza un puente de un solo sentido:
tendré que regresar, rozar el barro,
y escuchar el deseó exacto
con que un corazón invisible remienda la ciudad,
puntada a puntada,
hasta que el horizonte pronuncie su nombre completo
y lo quiera, al fin, para todos.

Trino que retrocede

Bosques de Palermo 05:11

Todavía el cielo está hecho de cenicilla blanda,
y, sin embargo, estalla el primer silbido,
un zorzal de pizca húmeda,
que empuja el telón de la noche con su faringe mínima.

Le responde un hornero,
golpeando el hálito como quien enciende yesca.
Los laureles reciben esa música temprana,
sacuden el ensueño,
y una bruma moderada iza sus velas sobre el lago quieto.

Yo escucho, con la cara todavía a medias,
y siento que cada canto me nombra:
dice mi nombre en sílabas de agua
y luego pregunta dulce, implacable
qué hice ayer por la subsistencia de las ramas.

Porque sé que soy cemento y vocación de altura,
que dibujo rascacielos con la sed de quien colecciona tinieblas.
Con cada torre que firmo,
una semilla queda sin cielo donde reventar.

Oigo otro gorjeo, es sutil como hebra de luz,

pero porta la ternura de cien inviernos sobrevividos.
Pienso en el trino siguiente
que tal vez no llegue,
ahogado en polvo de hormigón,
perdido en corredores de vidrio que no conocen el viento.

La alondra levanta su nota más aguda,
clava una aldaba en la puerta del día.
Yo, culpable cordial, firmo mi lealtad al vuelo:
prometo un retazo de tejado sin antenas,
una ventana abierta todo julio,
un puñado de migas que no sean contrato de muerte.

El alba se desata, color melón, sobre la avenida,
los primeros autos rompen la costura del silencio.
Pero antes de que el rugido corrompa la partitura,
cierro los ojos, inhalo ese coro frágil
como quien bebe la última gota de un vino sagrado,
y dejo que el tórax aprenda la lección definitiva:

que el mundo persiste grande, dividido
sostenido por estos violinistas de pluma,
y que mi tarea no es alzar muros contra el viento
sino cultivar perchas de aurora

en las que el canto, diminuto y obstinado,
pueda posarse, reír y quedarse.

Culpa del Perdón en Plaza Miserere

Once 05:04 primera claridad de invierno

Me arrodillo sobre la baldosa resquebrajada
donde un siglo entero de pasos pulió el nombre de la historia,
y dejo que el frío me escriba en la piel
las sensaciones dolidas de mi ciudad.

Pido perdón al lustrabotas que aguantó mi silencio,
a la mendiga que extendió una mano de trapo
mientras yo miraba celulares,
al vendedor de anticuchos cuyo humo contaba su historia
y yo apresurado solo huía del olor.
Sus rostros regresan ahora como presencias de hollín,
aromados de pan que no supe partir,
de lágrimas que esquivé para no mojar mi sombra.

Pido perdón a los nombres omitidos de este país vertical:
changos que descargan madrugadas en el Mercado Central,

costureras que zurcen el alba con tela prestada,
viejos que esperan un tren cancelado por decreto del olvido.
No los cité confieso, porque mi gramática era cómoda,
y ahora su ausencia truena, campana hueca,
en la bóveda de mi lengua.

Quiero fundirme con ellos,
entrar en el fango común como semilla sin brillo,
ser el vapor que calienta un guiso de olla popular,
ser voz que se reparte en consignas y pancartas,
pertenecer a los oprimidos sin megáfono,
a los que sueñan de pie para que el sueño dure.

Comprendo en esta aurora que huele a café rehecho,
que la compasión nace cuando el ojo desmonta sus almenas
y el otro aparece, espejo sin marco,
cualquier herida suya coincide con mi costado,
cualquier palabra suya se anuda en mis pulmones.

Por eso ofrezco mi voz, vasija de arcilla frágil:
que recoja el agua rota del mundo,
que nombre al que calla,
que entibie la intemperie donde cruje el hueso del viento.

Si mi verso es corto y el hambre se alarga como negrura de obelisco,

dejo escrito este sismo:

promesa de hacerme vendaje y puente,

de hincarme cada día aquí, o donde un corazón jadee,

y repetir hasta que el asfalto florezca:

Perdón por no verte,

perdón por no oírte,

permíteme latir contigo

hasta que el dolor aprenda a decir nosotros

y la ciudad, desabrochada de orgullo,

pueda acunar los fragmentos que somos,

bajo este cielo que amanece otra vez para todos.

Plegaria de Dos Orillas

Puente de la Mujer 06:06 filo de la aurora

Perdón, primero, a las voces que herí con mi filo de prisa,

a las manos que rehusé por miedo a trocar mi pulcritud en cieno,

a los ojos que esquivé porque temblaban igual que un farol enfermo

y yo, altivo cirujano del silencio, no quise mirarme en su sufrir.

Perdón a la vecina que cargaba un rezongo de botellas vacías,
al chófer que buscó mi disculpa en el espejo retrovisor,
al perro flaco que lamía la escarcha en la vereda de Rivadavia,
a los nombres sin domicilio que la ciudad pronuncia en voz baja
y yo olvidé copiar en mi cuaderno de poeta autoprofetizado.

Perdón, también, a quienes dañé lejos de esta costanera,
cuando mi lengua era zarpazo y mi sombra dictadura mínima:
sus países caben ahora en el temblor de mi muñeca.

Y perdono con ternura que me desarma
a quienes afilaron espinas contra mi piel:
sus golpes tallaron habitaciones nuevas en mi ser,
donde hoy arden pequeñas lámparas de reconocimiento.

Perdón porque no soy buen escritor,
las sílabas se me astillan, se hunden, se fugan,
y sólo a veces regresan con una luz prestada.
Perdón porque no soy buena persona,
el ego, ese emperador descalzo,
me sentencia que soy inmortal y puro,
y yo le creo ay de mí,
hasta que un gorrión sobre el alambrado
me recuerda la fragilidad del canto que se sostiene

sin más cetro que un hilo de hambre y viento.

Ante estas aguas turbias que reflejan el fénix en pedacitos,
abrazo lo diminuto y lo roto,
la astilla que brilla en el tablón huérfano,
el papel de golosina que aún guarda un aroma de infancia,
la baranda oxidada que no se rinde al óxido.

Que mi verso sirva de puente de madera endeble
por donde cruce, descalza, la compasión,
que me ate al que sufre para dividirle el peso,
que me ate al que goza para no olvidar la gracia,
que me ate a mí mismo con el cordel de la humildad
hasta que toda soberbia se disuelva
en esta marea que no discrimina costas.

Y cuando ya no baste pedir, ni perdonar, ni escribir,
que al menos quede sobre esta losa helada
un residuo de música minúsculo, obstinado
diciendo que intenté,
y que en el intento se abrazaron los fragmentos,
y que el amor, tan callado,
fue la única palabra que no quise rimar
por miedo a empobrecerla.

2 Bisagras

Terminal de la Memoria

Once 02:17 intersección Liniers y Mitre

A esa hora en que los semáforos incandescentes en amarillo, aparece un refugio de colectivo que no figura en el mapa. Sobre el cartel digital, en vez de número de línea, titila una fecha: 14/04/2011.

Sólo lo ve quien carga un recuerdo sin resolver. Camila, por ejemplo, llega dudosa, sostiene la foto ajada de un hijo que no volvió del sur. El chofer, rostro neutro, uniforme sin emblema abre la puerta sin cobrar boleto. Dentro, cada asiento cuchichea un nombre distinto, como si la tapicería fuera de papel calco.

El colectivo arranca y, al girar la esquina, se disuelve en un resplandor azul, una evaporización de centella que cabe en la mano. Quienes esperan regresan con una palabra nueva, pegada al paladar como hostia nueva, Camila trae "perdón" y la deja flotar sobre la avenida, donde la palabra se posa en un charco y se muestra, pequeña mariposa de agua, hasta que la luz del nuevo dia la incorpora al ruido de la ciudad.

Kiosco de Luz Reversible

Avenida Crámer y Teodoro García 01:03

Cuando el clima afloja los posters de ofertas, el kiosco de Don Reinaldo aparece donde antes sólo había persiana cerrada. En sus estantes no hay caramelos ni cigarrillos: vende linternas del tamaño de un dedo, cada una encerrando un filamento líquido que aguarda como retina.

El letrero improvisado advierte: "Proyectan Umbrales. No se aceptan devoluciones."

Quien enciende la linterna al pie de la vereda dibuja, sobre el asfalto, una puerta de luz oblicua. Al atravesarla no se viaja: se escucha. Una voz ronca masculla "La calle es una catedral sin techo", y otra, más suave, responde "Pero los santos duermen con pulgas". Se oyen pasos, el ronroneo de un gato, el jadeo de un perro. Después silencio, como si la ciudad contuviera la magia para no delatar a sus linyeras filósofos.

Reinaldo cobra con sonrisa de nafta vieja. Cada cliente se va con la linterna apagada y la certeza de haber recibido una invitación a un banco, ahí mismo sobre Crámer, donde dos figuras anónimas preparan un debate que la madrugada aún no se atreven a escribir y a divulgar.

Obra: La Estación Imaginaria

## Acto I Los Cartones del Presente

Vereda ancha de la Avenida Crámer, casi esquina Teodoro García. Es la 1:45 de la madrugada invernal. La luz de un único farol vibra como si tuviera vida. A la derecha, el escaparate apagado de un viejo local de repuestos de bicicletas, a la izquierda, un buzón rojo despintado donde un graffiti irregular traza un triángulo. Unos cuantos cartones forman un precario "living": sobre ellos, mantas, dos termos, una radio portátil sin antena y una linterna diminuta con filamento líquido. De fondo, un silbido del viento arrastra papeles publicitarios. Se oyen pasos de gente lejana, pero nunca se ve a nadie. El escenario huele a nafta vieja, a humedad y a bizcochos rancios.

### Personajes en escena

Tito cuarenta y larguitos, barba larga con canas, boina azul. Viste abrigo militar gastado, bajo el cual asoma una camiseta de Vélez.

Bustos, gato atigrado gris, dócil y orgulloso, pasea libremente, a veces duerme sobre un diccionario viejo.

Ramón, cincuentón moreno, ojos vivaces, bombacha de gaucho remendada, un poncho de lana.

Cirilo perro mestizo color canela, orejas enormes, su mirada mezcla sospecha y ternura.

En esta primera escena, Bustos y Cirilo actúan como coro silencioso: refuerzan gestos, gruñen o maúllan según la emoción.

## Escena 1

Tito está sentado sobre un cajón de plástico invertido. Examina la linterna de "umbrales" que compró en el Kiosco de Luz Reversible. Ramón, apoyado contra el escaparate, cabecea de sueño.

Tito

Probando la linterna, dice

¿Viste, Bustos? Dicen que proyecta puertas.

Pero la puerta que yo quiero no la alumbra nadie:

la que llevaba a casa antes que la hipoteca condenará

y el banco me sacara la idiotez a patadas.

Bustos maúlla, Cirilo levanta las orejas.

Ramón

(Sin abrir los ojos)

Si proyecta puertas, avisame.

Tengo un sueño archivado del lado de adentro y me anda haciendo ruido.

Tito

(Lo mira, sonríe)

—Soñador profesional, usted.

Ramón

Cuando el único techo es el cielo, el insomnio lo paga Dios.

o lo paga uno, ¿vio?

(Se endereza, se frota los brazos)

Fríito calador. Cirilo, pegate que estos cartones no dan abasto.

(Cirilo se arrima y apoya la cabeza sobre las rodillas de Ramón.)

Tito

(Señalando el pecho de su parka)

¿Sabe qué aprendí, hermano?

El escudo de Vélez abrigará el corazón,

pero el resumen de tarjeta te deja en pelotas.

Ramón

Somos clientes de la Intemperie S.A.

Sírvase la brisa, no necesitamos firma.

(Ambos ríen bajito. Pausa. La luz del farol parece ceder.)

Tito

(Serio de golpe)

Che, ¿cómo terminaste acá, Ramón?

Nunca me contaste.

Ramón

(Se toca la cara como un tick nervioso)

Cuando mi mujer se fue con las nenas a Formosa,

yo creí que el mundo seguía plano:

un borde, dos mates, cuatro ladrillos.

Pero después vino la tormenta…

y me acordé tarde de aprender a nadar.

(Mueve la mano como espantando un recuerdo. Cirilo gime suave.)

Tito

Lindo espejo nos devolvió la ciudad, eh.

Yo firmé pagarés pensando en la eternidad

y resultaron papel higiénico del diablo.

Vendí la fiorino, la dignidad…

hasta que desistí de venderme a mí mismo.

Ramón

(Con media sonrisa)

No valdría gran cosa en Mercado Libre.

-"Hombre usado, golpes de lluvia y nostalgia incluidos".

Tito

Pero traigo gato de regalo.

(Bustos se estira orgulloso.)

(Se enciende el silbido de la radio: primer plano de ruido blanco. Ambas miradas se cruzan.)

Tito

¿Lo escuchás?

(Estruja la radio, nada.)

Siempre a esta hora suena algo:

una cumbia lejana, un aviso político,

o la lista de precios del pan francés.

Hoy, nada.

Ramón

Debe de estar ensayando el silencio para la función de mañana.

(Se levanta, flexiona las piernas)

Mirá vos… ni la estática nos compadrea.

Tito

(Levanta la linterna)

Probemos la truchada esta.

Capaz se abre la puerta del dial.

(Apaga la luz del farol: el escenario queda casi en oscuridad violeta. Enciende la linterna, se proyecta sobre el suelo un rectángulo de luz, titilante. Dentro, de forma borrosa, se vislumbra un banco de plaza y dos figuras sentadas un hombre con un gato, otro con un perro repitiendo los gestos exactos de Tito y Ramón. El sonido de la radio se aclara y, sorprendentemente, se escuchan voces que provienen del rectángulo.)

Voz 1 (del rectángulo)

La calle es una catedral sin techo…

Voz 2 (del rectángulo)

Pero los santos duermen con pulgas.

(Tito y Ramón se miran, miedo puro.)

Tito

Ese… ¿Ese no somos nosotros?

Ramón

(Se toca el cuello, incrédulo)

Nosotros pero un poquito más gastados, parece.

O más nítidos, vaya uno a saber.

(Las voces cesan. Luz normal. La linterna titila y se apaga. Pausa larga. Los dos quedan en silencio. Sólo se oye el bostezo distante de un colectivo.)

Tito

Quedó claro que hay mundos paralelos, ¡y que ninguno nos invita un café!

Ramón

(Revuelve los cartones y saca un mate)

Al menos acá no nos cobran el recuerdo.

(Bustos maúlla. Cirilo responde con un ladrido breve. Se alza un claror rojizo en el horizonte.)

Tito

(Susurra)

¿Escuchás ese olor a pan?

Debe ser de la panadería del polaco.

Ramón

Si viene viento sur, lo trae.

(Se cruza de brazos)

Te propongo un trato, Tito,

mañana, cuando huela a pan,

nos acercamos a la puerta y pedimos laburo.

De trapear, de lo que venga.

Tito

(Duda, mira a Bustos)

¿Y Bustos?

RAMÓN

Bustos vigila la dignidad, Cirilo vigila el pan.

Y vos y yo nos resignamos a la esperanza, por turnos.

(TITO asiente, no sonríe, pero sus ojos alumbran. Se escuchan los dos últimos clics de la linterna apagada.)

(Oscuro súbito.)

Escena 2

(Mismo lugar, diez minutos más tarde. Un espejismo de rojo amanecer toca el borde de los edificios. El farol se apaga definitivamente. Ramón prepara mate, Tito enrolla un viejo cartel de partidos políticos para usarlo de aislante. Bustos y Cirilo se acomodan juntos como si se conocieran de siempre.)

Ramón

¿Sabés qué aprendí a la intemperie?

Que la ciudad habla en sueños prestados.

Hoy me prestó un sueño de voz ajena:

decía que toda vereda puede ser umbral

si uno le sacude la mugre de arriba.

Tito

La mugre que uno trae o la que está puesta de fábrica.

Ramón

Ambas.

(Sorbe el mate, chasca la lengua)

Dulce, pa cambiar el karma.

—Tráguese la dulzura, Don Tito.

Tito

(Recibe la calabaza, bebe)

¿Y creés que nos alcance?

Ramón

Alcanza con menos, a veces.

Un pan, un "buen día", un nombre que vuelve.

Tito

(Un gesto resignado)

Che… ¿vos tenés nombre completo?

El mío es Tito César Barreto.

(Se ríe)

Pero suena a defensor central de los 90, no a linyera.

Ramón

Yo me llamo Ramón Ezequiel Godoy, para servirle.

Y suena a bachatero frustrado.

(Se estrechan la mano solemnemente.)

Tito

Que quede constancia para el archivo del universo:

esta vereda es república y nosotros, ciudadanos fundadores.

Ramón

Y Bustos, ministro de ronroneos.

Y Cirilo, secretario de siestas.

(Ambos alzan la vista al cielo que ya comienza a aclarar. Una zamba remota desgrana un acorde melancólico.)

Tito

(Suspira)

Mañana empieza otra vez.

Pero hoy… hoy nos declaró inocentes.

Ramón

¿Quién?

Tito

(Se acomoda contra la pared)

La puerta de luz, ese umbral que no sabemos cruzar

y que igual nos exhibe hasta el hueso.

Quizá la ciudad, quizá Dios,

quizá sólo nosotros, hablando en retumba.

(Se oye un leve clac: la linterna se enciende sola, derramando un resplandor amarillo cálido. No proyecta nada, solo ilumina sus rostros.)

Ramón

(Balbucea)

Capaz hay lugares donde este resplandor alcanza para creer.

Tito

(Sonríe con tristeza serena)

Y si no, lo inventamos.

(Baja la luz paulatinamente hasta el negro.)

Fin Del Acto I

## Acto II Anatomía de la Ciudad

(Tres escenas. Noche cerrada que avanza hacia la primera claridad. El farol de vereda permanece apagado, la única fuente lumínica es la linterna umbral, que Tito y Ramón encienden apagan para subrayar ideas. Entre escenas, el espacio queda en oscuridad, se oyen murmullos distantes de avenidas, nunca tráfico intenso. Los animales continúan como coro: Bustos maúlla o se enrosca cuando detecta ternura, Cirilo gruñe suave ante cada momento de dolor o injusticia.

### Escena 1 Adivinanzas de los Huéspedes

(Hora ficticia 04:03. Tito rasga un viejo afiche político y hace pequeños barquitos de papel, Ramón extiende cartones formando un mapa improvisado.)

Tito

(Empujando un barquito por el suelo)

Decime, Ramoncito: ¿Qué es Buenos Aires?

Un río de brea, un sermón de bocinazos,

o una jaula dorada para sueños con hambre.

Ramón

(Colocando un cartón a modo de Sur)

Para mí, la ciudad es un huésped grandote,

un gigante con resaca que se despierta a cada rato

y pregunta ¿Quién me desordenó la ropa?

Y nosotros—linyeras, estudiantes, jefes, puerquitos—

somos su indigestión de sangre.

Tito

(Se ríe, sella un barquito con cinta)

Si la ciudad es huésped, nosotros somos inquilinos sin contrato.

¿Sabés la de veces que me pateó?

Cada cuota vencida fue un puntapié en el traste.

Ramón

(En voz baja)

Pero también nos prestó la fuerza para sobrevivir.

Mirá este cartón: esquina de Parque Patricios.

Huele a pimiento, a tango viejo.

Ahí junté las primeras monedas con Cirilo,

vendiendo medias que nunca abrigan el talón.

(Bustos se acomoda dentro de un barquito, Cirilo lo observa.)

Tito

Capaz el gigante no es cruel.

Solo está enfermo de altura y de olvido.

Crece para arriba y se olvida de sus zapatos.

Ramón

(Silba)

—Y nosotros barremos la mugre entre los dedos de los zapatos.

(Mueve un cartón al centro, sobre él dibuja con marcador una rajadura.)

Ramón

Mirá: esta línea es la calle que divide el tener del no tener.

La llamamos Avenida Quizás.

Quien la cruza deja un dedal de esperanza

y regresa con una mano llena de aire.

Tito

(Extiende su barquito hasta el cartón grieta)

Pues que navegue mi barquito por la Avenida Quizás.

Si regresa, trae milagro. Si se hunde, se llevó mi culpa.

(Ambos observan en silencio el pequeño barco que se desliza, bustos maúlla suavemente, Cirilo respira hondo.)

Escena 2 Cátedra de lo Minúsculo

(Hora ficticia 04:57. El viento arrecia, Tito y Ramón se abrigan. Sacan de un bolso un diccionario viejo y un mate. La linterna ilumina el suelo, sin proyectar portal.)

Ramón

(Va leyendo al azar palabras del diccionario)

Baldío: terreno sin labrar, lugar erial.

El diccionario no entiende de infancia,

para nosotros, Baldío es cancha de potrero,

es asamblea de insectos bailando sobre tachos.

Tito

(Pasa página)

Cartón: pasta compuesta de pasta de papel.

Qué desfachatez: olvidar que el cartón es colchón de constelaciones.

En él dormimos el cielo del revés.

(Señala las estrellas invisibles)

Yo he contado galaxias en los huecos de las fibras.

(Bustos salta sobre el diccionario, ocupa la letra C. Cirilo mueve la cola.)

Ramón

(Sube de tono, pedagógico)

Apunte, don Tito:

las cosas pequeñas sostienen las columnas del mundo.

—un clip que sujeta cartas de amor,

—un tornillo que impide que caiga el Obelisco,

—un ladrido que espanta los fantasmas de un niño.

Tito

Escribiré un tratado sobre la tornillería invisible:

capítulo 1: la arandela que resiste el cansancio,

capítulo 2: la tuerca que abraza con rosca de infinita paciencia.

Ramón

(Levanta la cabeza, inspirando)

¿Olés eso? Pan francés con miga de madrugada.

El Polaco prendió el horno.

Tito

(Pone su mano en el pecho)

El olor merecería monumento:

recordarnos que el hambre no es concepto sino cuchilla.

(Se acerca a la orilla del escenario, mira al público)

Tito

Gente con techo, gente sin techo:

de madrugada, el pan huele igual para todos.

Pero el derecho a comer no se hornea en la misma bandeja.

(Se oyen breves ladridos de Cirilo, Bustos se relame como si oliera pan.)

Ramón

(Con ternura)

Cuando amanezca, llevo Cirilo y pregunto si falta barrer el frente.

Si me dan una flauta sobrante, le toco vals al estómago.

Tito

(Yergue la linterna como estandarte)

Y yo llevo barquito de papel,

lo cambio por una factura.

Si el Polaco entiende poesía, me deja pagar con plegable.

Escena 3 Debate sobre la Altura del Alma

(Hora ficticia 05 h 45. El cielo aclara imperceptible. La linterna vuelve a proyectar un rectángulo de luz portal. Esta vez, la otra vereda se ve nítida, dos copias de Tito y Ramón, con un gato/perro idénticos, discuten de pie.)

Tito/Espejo (voz del portal)

Los edificios crecen para tapar el miedo de la gente.

Ramón/Espejo

Y cada piso nuevo es un piso menos de cielo.

(Tito y Ramón reales se incorporan, fascinados.)

Tito

¡Che, nosotros en versión claroscuro!

Ramón

(Ecos)

Quizá son futuros, o pasados que traen mochila.

(Se establece diálogo alternado: Tito dialoga con su reflejo, Ramón con el suyo)

Tito

¿Qué teme la gente?

Tito/Espejo

Teme volverse tan pequeña como una canica olvidada en la vereda.

Tito

¿Y por eso se sube a la altura?

Tito/Espejo

La altura es la ilusión de que los problemas quedan abajo.

Pero el vértigo viaja en ascensor interno.

Ramón

Decime, sombra con mi cara,

¿vale la pena pelear contra el viento de vidrio?

Ramón/Espejo

Vale la pena abrazar el viento,

pesa menos cuando se reparte.

Ramón

Y los que no pueden abrazar, ¿qué?

Ramón/Espejo

Se abrazarán con los huesos de la espera.

Pero el abrazo ocurre, tarde o temprano:

es la única ley municipal que no caduca.

(El portal se distorsiona, la vereda espejo se cubre de neblina fosforescente. Surge un coro de voces anónimas, mezcla de niños, ancianos, mujeres.)

Coro/Espejo

La ciudad gira en tu oscilación.

Si respiras hondo, ensanchas las veredas.

Si respiras ego, las veredas se adelgazan.

Y alguien cae.

Y ese alguien podrías ser tú.

(La luz portal claudica. Tito y Ramón, emocionados.)

Tito

Respiramos hondo, entonces.

(Inhalan al unísono, como ejerciendo magia. El portal se encoge y se funde en la linterna, que queda.)

(Silencio. Primer silbido de tren lejano. La noche aclara un matiz.)

Ramón

¿Te das cuenta? Nos acaban de entregar la constitución del aire.

Tito

(Se abraza los brazos, estremecido)

Hondo, Ramón.

Si no ampliamos la vereda, alguien tropieza.

(Saca una birome guardada entre los cartones.)

Tito

Dibujaré un rectángulo más, a mano.

No brillará como portal,

pero indicará que hay espacio.

(Dibuja con birome un contorno cerca del borde del escenario, simbolizando otro metro de vereda.)

Ramón

(Empieza a escribir dentro del rectángulo con carbón)

—Prohibido no sentarse.

Así, si alguno pasa, descansa el alma.

(Bustos entra y se recuesta en el dibujo, Cirilo se sienta a su lado. Se oye ligero zorzal madrugador.)

Tito

Hablando de aire, se despiertan los violinistas de pluma.

Ramón

Mejor orquesta, imposible.

(Anticipa)

En cinco minutos canta el gallo del barrio popular cercano.

Siempre se adelanta al reloj.

Tito

¿Sabés por qué?

Porque allá el tiempo vale pan, si canta tarde, quema el estómago.

(Pausa reflexiva. Tito se sienta, mira la linterna.)

Tito

Tal vez esta cosita— (alza la linterna)

no sirve para teletransportarse.

Sirve para mostrarnos que el portal está adentro:

cuando mirás al otro como espejo, la puerta se abre solita.

Ramón

(Con ternura)

Y cuando ofrecés cartón, rompes portones.

(Se ponen de pie. El cielo toma un tinte rosado tenue. Cirilo estornuda, Bustos ronronea.)

Tito

Amigo, empieza la función del día.

—¿Tomamos el pan del Polaco?

Ramón

Tomamos el pan, ofrecemos barquito y bosquejo de vereda.

Hoy la avenida debe ensancharse un milímetro.

TITO

Un milímetro por jornada:

en mil días tendremos autopista para las esperanzas bajitas.

(Se dan la mano. La linterna ilumina el apretón, la luz vibra, casi simbólica. Musiquita lejana de bandoneón. Negro lento.)

Fin del acto II

## Acto III La Intemperie del Mundo

(Escenografía continua de los actos anteriores. Un resplandor rosa anaranjado anuncia el amanecer. El olor a pan fresco llega nítido. Tito y Ramón aún sostienen la mano apretada, Bustos y Cirilo dormitan dentro del rectángulo de birome.)

### Escena 1 Patrulla del comienzo

(Se instala una sirena breve. Entra Agente Retta, joven, chaleco policial, rostro cansado pero no agresivo. Lleva en mano un altavoz apagado.)

Retta

Señores, buenos días. Orden de despeje: Operativo Vereda Limpia, sección Crámer.

(Mira el rectángulo de birome.)

¿Qué es esto?

Tito

Un metro de futuro. Gratis.

Retta

(Con genuina curiosidad)

¿Futuro? Mire que nosotros despejamos presente, no futurología.

Ramón

El presente se ensancha si lo barremos desde adentro, oficial.

Déjenos quince minutos: regalamos el pan que está por llegar.

Nadie pierde, todos desayunan.

(Retta duda, la radio de su hombro crepita avance, sector doce. Él la baja de volumen.)

Retta

Quince minutos. Pero a las siete pasan camiones de basura.

Yo solo cuido que no los aplasten las ruedas de la rutina.

Tito

(Le ofrece un barquito de papel)

Para que flote en su taza de café. Recuerde: la ciudad navega mejor cuando acepta corrientes pequeñas.

(Retta sonríe, guarda el barquito con cuidado y se retira sin encender la sirena.)

Escena 2 República de Pan y Cartón

(Entra El Polaco, panadero corpulento, chaqueta harinosa, con una canasta humeante.)

Polaco

¿Quién dibujó en el piso?

Hoy en el horno sobró medialunas. Si las reciben, yo descanso en mi conciencia.

(Tito reparte; Ramón coloca dos medialunas sobre la vereda ampliada a modo de ofrenda. Bustos y Cirilo se incorporan y comparten migas.)

Ramón

(Con voz baja, casi litúrgica)

Declaro inaugurada la República de Pan y Cartón:

capital móvil, idioma, la cordialidad,

religión, el reparto, escudo, un gato y un perro.

Tito

Constitución en un solo artículo:

Nadie debe pasar hambre a menos de un olor de pan.

(La linterna umbral palpita por última vez y proyecta una puerta de luz delante del kiosco apagado. Dentro de la luminiscencia se entrevé la sombra de dos bancos vacíos: esperan.)

Ramón

Mirá, Tito: la puerta nos invita.

¿Entramos? Quizá al otro lado haya otro trabajo,

otro amanecer más limpio.

Tito

(Observa a Bustos)

Yo entro si se admite gato.

(Bustos se adelanta y posa una pata en la luz, Cirilo lo sigue. Nada les duele.)

Ramón

Entonces vamos. Pero primero—

(Ramón traza, bajo el rectángulo de birome, una flecha señalando el hueco que deja la puerta.)

Ramón

—para el que venga después y necesite salida.

(Tito deja sobre la flecha la linterna apagada, como llave.)

TITO

Si la ciudad olvida abrir portales, que el próximo los dibuje.

(Se miran, respiran hondo. Cruzan la luz con sus animales. El resplandor se contrae y se disuelve, queda la vereda vacía, el aroma a pan, la flecha de tiza y la canasta medio llena.)

(Silencio breve. Primer sol pleno. Desde fuera de escena, la voz del gallo del barrio de emergencia cercano lanza su canto cristalino. La luz sube un grado, alguien —invisible— recoge del suelo una medialuna y muerde.)

Voz Anónima (fuera de escena)

Gracias.

(Negro final. Se mantiene el olor de pan unos segundos más.)

Fin De La Obra.

La Torre de las sestinas

Cada palabra es un peldaño que asciende, y el silencio se enrosca en tu vértigo.

ser, tiempo, herida,espejo,ruido,umbral

Sestina I Fisura original

En la ceniza gris germina el antiguo ser
mientras se abre en círculos el fluir del tiempo,
y posa clandestino la primera herida
que adopta forma de cristal en cada espejo,
cuando la humanidad confunde luz con ruido
y avanza a tientas hacia un incierto umbral.

Ahí, tras el sismo, vigila un pálido umbral,
donde renuncia a su reflejo el terco ser,
la compasión se disfraza de sutil ruido
para engañar el péndulo sordo del tiempo,
al brindarle una marca luminosa al espejo
que amortigua la infección de tu vieja herida.

Acepta entonces la verdad de tu herida,
pues solo sangra quien atraviesa el umbral
y vuelve a nacer detrás de otro espejo,
despojado del orgullo de su propio ser,
para disolver el techo inflexible del tiempo
en la amable vibración de un mínimo ruido.

Celebremos el claroscuro de ese ruido
que suavemente cauteriza la herida,
borrando las fronteras severas del tiempo,
como una niebla compasiva sobre el umbral,
hasta que todo se condense en puro ser
y el mundo se contemple en un único espejo.

Mas descubre que no hay rostro fiel en el espejo,
sino cascadas de silencioso ruido,
donde cada pregunta se calcina en su ser
y vuelve a dibujarse la dorada herida
que aguarda, luminosa, delante del umbral,
para licuar pasado y futuro en tiempo.

Porque ese gris indomito que llamamos tiempo
no es más que una vibración dentro del espejo,
una puerta giratoria, un doble umbral
que alterna el canto del silencio y del ruido,
hasta fundir compasión y llaga en herida
y absolver en su vacío toda ansia de ser.

Siembra tu ser en el fluir del tiempo,
cura la herida al quebrar cada espejo,

y deja que el ruido revele su umbral.

Sestina II Clara compasión en el gris

En el mediodía gris despierta el ser,
como un libre que se alza contra el tiempo,
sobre la palma vibra antigua herida
que la luz multiplica en todo espejo.
Un aliento tenue disuelve el vano ruido,
dejando abierta la penumbra del umbral.

Cruzo sin prisa ese marcó de umbral
y hallo otro resplandor de mi pequeño ser,
su respiración modula suave ruido
que mide, con silencios nuevos, el tiempo.
Mi logos se agacha ante el espejo,
reconociendo la raíz de la herida.

Canción nocturna, dulce flor de herida,
floreces cuando pronuncio tu alto umbral,
te vuelves orbe pulido, fiel espejo,
liberando la sangre antigua del ser.
Entonces, ensimismado, calla el tiempo

para escuchar la música del ruido.

Y esa música redime al tosco ruido,
lo torna savia que abraza cada herida.
Bajo la lluvia se renueva el tiempo,
ya no hay cerrojos, todo es ancho umbral,
en la fragua del gris florece el ser,
mostrándose sin pudor frente al espejo.

Porque no existe un rostro fiel en espejo
que no nazca de la valentía, del leve ruido.
Así la dicha se hospeda en tu alto ser,
tendida como bálsamo en la herida,
y cada abrazo inaugura otro umbral
donde fulgura el porvenir del tiempo.

Rota la clepsidra, se disuelve el tiempo,
queda una pregunta en el espejo
que invita al alma a cruzar su umbral.
Arde en silencio el último color, el ruido,
y el dolor se serena, leve herida,
cuando tu compasión pronuncia el ser.

Sed de ser que trasciende toda malla de tiempo,

sana la herida con la claridad del espejo,

silencia el ruido y habita tu propio umbral.

Sestina III Carnaval

Bailo sobre el vacío que llamo mi ser,

y cuento a contramano las mentiras del tiempo,

con sal y confeti aderezo la vieja herida,

la corono con sonrisas,mil caras en un espejo,

una sinfonía de carcajadas incendia el manso ruido,

y cada entendimiento se vuelve dorado umbral.

Atravesado la muerte de este primer umbral,

regresa, sin solemnidad, mi burlón ser,

sobre sus hombros desfilan trompetas de claro ruido,

marcan un paso de murga que atropella el tiempo,

miradas distorsionadas danzan frente al espejo,

y la sangre se vuelve vino en la leve herida.

No hay blasón más brillante que esta curada herida,

tenue como bengala al cruzar otro umbral,

resplandece en caleidoscopio el astillado espejo,

muestra mil versiones jocosas de mi ser,

todas desafinando el metrónomo del tiempo,
aunque afinan en compás la percusión del ruido.

Nace la plaza interna con infinito ruido,
y cada carcajada sutura distinta herida,
lo solemne abdica, se desata el tiempo,
la línea recta se enrosca y se declara umbral,
entonces renace, ligero y sin coraza, el ser,
que estrena máscaras de fiesta en el pulido espejo.

Voltea el miedo, contempla tu reverso en el espejo,
verás pompas de jabón coreografiando el ruido,
allí vibra, sin dogma ni juramento, el ser,
que acepta con cintas grisaseas su antigua herida,
cruza bailando un arco iris hacia el próximo umbral,
y olvida, sin remordimiento, las migajas del tiempo.

Renace quien comprende la ironía del tiempo,
quien convierte cada fragmento en múltiple espejo,
quien se atreve a morir y a renacer en cada umbral,
quien mezcla en su garganta el aplauso y el ruido,
quien borda con brocados la cicatriz de la herida,
y regresa, fresco y gris, al origen de su ser.

Que el ser dialogue a carcajadas con el tiempo,
que la paz espejee su gracia en el espejo,
y tras todo ruido se abra siempre otro umbral.

Sestina IV Furia serena del reflejo

Renuncio a ser el eco de otro ser,
declaro en huelga el péndulo del tiempo,
desato, sin temblor, mi propia herida
y quiebro la quietud de cada espejo.
Nace una voz rotunda entre el ruido,
cruza de par en par su propio umbral.

No pido contraseña para el umbral,
entro con llamas que reescriben el ser,
con limo y trueno amaso claro ruido,
hago temblar las torres del tiempo,
reclamo nuevas órbitas al espejo,
coso relámpagos sobre la herida.

Todo poder germina en la herida,
no en la falsa promesa de un umbral,
por eso arrojo piedras al espejo

para que tiemble, al fin, otro ser.
Sólo así se dilata hondo el tiempo,
y florecen catedrales en el ruido.

Que nadie tema al luminoso ruido
cuando estalle bajo el sístole de la herida,
pues cada chispa dilata el tiempo,
convierte en puerta ardiente cada umbral,
y revela en fractales otro ser
que se multiplica en polvillo y en espejo.

Ahí, sobre los restos del espejo,
cantan los nuevos pájaros del ruido,
celebran sin vergüenza al libre ser,
besan la cicatriz de vieja herida
que hizo del muro un respirable umbral,
y del ayer un crisol para el tiempo.

Ahora fuera de horario y de tiempo
heredo plenitud de puro espejo,
pues todo reflejo es móvil umbral
cuando se alza ese júbilo de ruido
que brota, musical, de la herida,
vindicando la gracia de otro ser.

Que el tiempo ciña en su ímpetu el fiel espejo,
que la herida pronuncie noble ruido,
tras cada umbral despierte un nuevo ser.

Sestina V Silencio que germina

Entre cristales de bruma despierta el fiel espejo,
donde el silencio amasa un rezo hecho de ruido,
se disuelve mi nombre y queda un hálito de ser,
una brasa que no quema, apenas roza la herida,
y alienta, luminosa, la penumbra del umbral,
suspenso como un pájaro que olvida medir el tiempo.

Nadie vigila el temblor de ese detenido tiempo,
la copa del insomnio se pule en claro espejo,
y mi sombra se inclina ante el umbroso umbral,
reconoce que en su médula madruga leve ruido
capaz de convertir en salmos la más honda herida,
y de fundir en gris cada frontera del ser.

Fluye, entonces, una música que ignora el verbo ser,
ni padece ni presume de abolir al tiempo,

sólo abraza el estar confidencial de la herida,
y la torna reflejo multiplicado en espejo.
Ya no existe el temor, se derrite el viejo ruido,
y se abre como un pétalo el sigilo del umbral.

Calmo, me recuesto en el umbroso umbral,
dejo que el teorema vacíe su obstinado afán de ser,
y recojo, en la llaga, el eco mínimo del ruido
que alguna vez llamó futuro a los repliegues del tiempo.
Viaja una luz compasiva por las vetas del espejo,
y dora con ternura la costura de la herida.

Comprendo que no duele la memoria de la herida,
dentro de ella nace un pasadizo, otro umbral,
que al cruzarlo transmuta el cristal en vivo espejo
donde la sombra celebra su inacabable ser.
Allí, todo rumor se trueca en dócil ruido,
y hasta el olvido se pliega para vencer al tiempo.

Y así descubro que nada se pierde, ni el tiempo,
ni la fisura sagrada que llamábamos herida,
ni el zumbido que en noche parecía crudo ruido.
Todo cabe en la hendija respirable del umbral,
para volverse temblor, y danza, y pacto de ser

en la plata infinita de un convaleciente espejo.

Que el tiempo abrace al espejo y disuelva la herida,
que el umbral despierte al ser, que todo ruido se haga brisa.

Sestina VI Elogio de las cosas

En la ternura opaca se descubre el nuevo ser
como un objeto de migas que ya no mide el tiempo,
y besa los bordes filosos de la antigua herida
para que el sol brioso se multiplique en espejo,
mientras el mundo, inclinado, escucha su pequeño ruido
justo donde la sombra se abre como umbral.

Celebro las baldosas rotas que hacen de cada umbral
un teatro de luces donde ensaya su gracia el ser,
y las carcajadas cuidan al diminuto ruido
que palpita en la telaraña olvidada del tiempo,
mientras la luz dibuja sobre el vidrio un tierno espejo
y la grieta se convierte en flor sobre la herida.

No hay victoria más dulce que esta mínima herida,
porque su rojo tranquilo señala otro umbral,

donde el corazón encuentra un cómplice espejo
y aprende a reírse de la pesadumbre del ser,
sabiendo que una mariposa remienda el gris tiempo
con el leve instrumento de su imposible ruido.

Entonces alzo un brindis por todo humilde ruido,
por la silla astillada que aún sostiene la herida,
por el mate olvidado que perfuma el tiempo,
y por la puerta cansada que sigue siendo umbral,
porque en sus bisagras descansa el fatigado ser,
reflejado en un resplandor roto de espejo.

Brilla, pues, cada fragmento de aquel viejo espejo
cuando la tarde convierte la ciudad en ruido,
y sin embargo persiste un silencioso ser
que cose con aguja de aire la raída herida
y abre su cierre en el más humilde umbral
para que juegue desnuda la criatura del tiempo.

Sé que nada detiene el ámbar lento del tiempo,
ni la réplica infinita de cuanto fue espejo,
pero al pisar la penumbra descubro otro umbral,
donde la risa convierte la tormenta en ruido,
y la caricia remota sutura lenta la herida,

hasta que toda la vida se desnuda en ser.

Que el tiempo abrace su leve ruido,
que la herida redima el temblor de mi ser,
y cada espejo se abra, triunfal, a nuevo umbral.

Sestina VII Paradoja al alba del gris

Convoco la ceniza y la corono en ser,
diluyo su cenit en la clepsidra del tiempo,
acepto la razón rota de cada herida,
que brilla como espejismo sobre el níveo espejo.
Del silencio obtengo un cristal de lúcido ruido,
y en su antifaz resplandece inédito umbral.

Declaro abolido el temor del umbral,
pues la penumbra engendra un más vasto ser,
me deslizo por la espiral del clandestino ruido,
descifro las fisuras arcanas del tiempo,
y miro recíproco, migrante mi espejo,
donde la luz celebra la lógica de la herida.

Respira la intemperie intacta sobre la herida,

susurra que el fin es prólogo a cada umbral,
destella event horizon dentro del espejo,
se disuelve mi yo, retorna otro ser,
y exuda su eternidad anónima al tiempo
igual que una campana sin bronce ni ruido.

Entiendo, la compasión no huye del ruido,
lo acuna en la sien ardiente de la herida,
transforma la sintaxis callosa del tiempo,
bautiza con ceniza el dintel del umbral,
desgarra gentil la costra antigua del ser,
obsequia luz inédita al ciego espejo.

Allí la risa alumbra un múltiple espejo,
revela que el abismo palpita como ruido,
en el núcleo del caos pacifica el ser,
regresa un pez lunar nadando en la herida,
y al tocar su frontera descubre otro umbral
listo para curvar la topología del tiempo.

Y el ciclo insiste, no conoce al tiempo,
gira, se repliega, se eclipsa, volviendo al espejo,
La tinta se borra, revive en nuevo umbral,
y su impronta refunda el arquetipo de ruido.

Mientras tanto, se cierra y se abre la herida,

porque morir a cada verso es perpetuar el ser.

Este tiempo es apenas destello de ruido,

en el espejo se injerta la siniestra herida,

nace un umbral, transmuta, y devuelve otro ser.

Corona de las Contradicciones

Dicen que todo círculo es perfecto, yo elegí este porque ya venía abollado.

Acá, el verso decapita al verso anterior y finge resucitarlo perdón, Petrarca, mientras la rima, cansada de rimar, firma un pacto secreto con el ruido blanco.

Si en Vibralia pretendí que la vibración fuera himno, hoy la vuelvo interferencia, cada soneto resuena justo cuando calla el siguiente, como campanas que celebran su propia demolición. Quien busque coherencia hallará vestigios, quien exija originalidad encontrará matices antiguos cuidadosamente modificados.

Lean, pues, esta corona sin coronas, su oro es retórico, su púrpura metafórica y su cetro apenas un lápiz con la punta gastada. Que el Testigo, el Filósofo y el Niño del Futuro discutan entre sí, yo sólo garantizo la cuerda floja.

Al lector le toca decidir si pisa o levita. Por mi parte, confieso la herejía, escribí estos sonetos para que, al cerrarse, todavía queden

mal cerrados. Porque una herida perfecta es digámoslo pura contradicción.

Soneto I El Testigo

¿Quién soy en hondura que no espeja?
El espejo del ser revienta, grito,
mientras nombre yace en otro grito,
y el vínculo sin voz apenas queja.

Veo reloj sin fuerza que me espeja,
cifra ruina al borde de mi grito,
y al vacío devuelve el viejo grito
historia calla en perpetua queja.

Beso amargo del tiempo en su vacío,
y dejo al mundo fluir hacia otro río,
pues cada luz que nace es más vacío,

y mi sombra se espeja contra el río,
hermética ontología del vacío
me nombra lanzándome a otro río.

## Soneto II El Filósofo

Me nombra arrojándome a otro río,
donde la Idea se encierra en su caverna,
su reflejo agoniza dentro cisterna,
sellando el cauce lúgubre del vacío.

Regreso, condenado al desvarío,
con la lengua clavada en rota lucerna,
pregunto qué verdad sangra taberna,
y bebo en la tiniebla de otro río.

Ningún hueco contiene mi pregunta,
ni sistema sostiene la distancia,
el origen se ahoga en otra pregunta,

péndulo ciego marca la distancia,
y la razón se quiebra en la pregunta,
Historia se desploma en la distancia.

## Soneto III El Exiliado

Y cae la historia lejos, en distancia,
con pasaporte escrito en la ausencia,
dialogo con la herrumbre de mi ausencia
mientras el mar envejece en la distancia.

Mi silueta es un país sin gobernancia,
donde la ley se oficia en la ausencia,
y cada paso prolonga la ausencia
cuando los himnos naufragan en distancia.

Deshilo mi esperanza en el desierto,
y marcho contra un viento de regreso,
el sol calcina un mapa en el desierto,

que finge iluminarnos hacia el regreso,
grieta de sal me nombra en el desierto,
y sueña el algoritmo mi regreso.

Soneto IV La Máquina

Y sueña el algoritmo mi regreso,
y en su bucle el sentido se deforma,
cifra la luz que al hombre lo conforma,

fingiendo que el error guía al progreso.

Bajo la nube binaria del regreso,
el dato suma al caos su nueva forma,
devora la memoria que reforma,
y alza la vieja estafa del progreso.

Navego sin orillas ni corriente,
suspendido en la bruma de un umbral,
implosiona la cifra, otra corriente,

graba en la noche el límite del umbral,
cada bit se suicida en la corriente,
Traza al místico su último destino.

Soneto V El Místico

Traza al místico su último destino,
silencio lo corona en luz hostil,
y la nada, con fervor quasi infantil,
devuelve al verbo la ruina del camino.

Ningún desierto absuelve este designio,

divino error que fractura lo febril,
y funda en sombra un cántico sutil
donde el vacío perpetúa el signo.

Acepto el frío del no ser que habla,
disuelvo en él mi sed y mi razón,
mi carne es viento, mi oración se tabla

sobre un umbral sin cuerda ni visión.
Si Dios retumba, retumba en su tiniebla,
clama la multitud tras idéntico umbral.

Soneto VI La Multitud

Clama la multitud tras idéntico umbral,
anuda su furor en un solo clamor,
retumba, reiterado, su áspero clamor,
y el asfalto se abre cual sangrante umbral.

Hierve en la piedra viva aquel antiguo umbral,
se astilla la promesa dentro del clamor,
la palabra salario deviene clamor,
y una marea oscura vuelve al mismo umbral.

Pero al fondo germina tenaz resistencia,
horada la estadística que el poder deshace,
ningún algoritmo sofoca la resistencia,

ni cifra que calcule el ímpetu que la deshace,
crece, vital, la humana y cruda resistencia,
surge el cínico y se ríe de la conciencia.

Soneto VII El Cínico

Surge el cínico y se ríe de la conciencia,
la verdad le enseña en un juego macabro,
y el lenguaje se traga, como un sabio
que destruye su fe sin necesidad de esencia.

Ríe la razón que se ahoga en la conciencia,
y el poder, que al fin se miente, se vuelve sabio,
el alma muere, se hace despojo sabio,
y el espejismo se quiebra, sin más esencia.

Es un acto la máscara que miente,
con su rostro deshecho de miedo y farsa,

las venas del mundo lloran, pero miente,

y el cinismo apaga, sin gloria, su farsa.
La risa carcome todo lo que miente,
y el poder se pliega en su sagrada farsa.

Soneto VIII El Mártir Laico

Y el poder se pliega en su sagrada farsa,
deja su liturgia de roja sangre,
altar abierto donde arde la sangre,
y proclama mártir la cicatriz sacra.

Crece la plegaria, ya casi sacra,
la calle hoy siente roja sangre,
grita la derrota, supura sangre,
sacude el muro ante la palabra sacra.

Redimo el grito hondo de este dolor,
y ciño la penumbra sobre la bestia,
Sístole en la cruz sin fe, vivo dolor,

y el mundo se postra ante bestia,

compasión insurgente vence dolor,

despierta el hondo instinto de la bestia.

Soneto IX La Bestia Domesticada

Despierta el hondo instinto de la bestia,

ruge sin brida en su ciego furor,

devora hierro en su breve furor,

domado al fin por crédula modestia.

Pero el hambre regresa con la bestia,

y la urbe despabila su terror,

chispea odio y germina exaltación,

al cielo lo disfraza de modestia.

Palpita en pecho un fósil de pavor,

que muerde el ogro duro de razón,

canta instinto al borde del pavor,

mientras desgarra el velo de razón,

traza un círculo hondo de pavor,

al fin devora sombra la razón.

## Soneto X La Sombra

Y al fin devora la sombra la razón,
en su hambre posa ciego abismo,
se hunde el yo en hondo abismo,
luz quiebra el ímpetu.

Cual verbo se deshace en la razón,
fe se quiebra al filo del abismo,
otro yo germina dentro abismo,
y late gris, cautivo, el corazón.

Resuena oculta voz de verdad,
que traduce en risa el cruel juglar,
revela al miedo sordo cantar,

y lo torna canción el viejo juglar,
la noche recoge esa verdad,
el eco deviene burlón juglar.

## Soneto XI El Juglar

el eco deviene burlón juglar,

descalza la verdad, lame el cristal,

finge espejo herido de cristal,

y riza el crepúsculo como juglar.

Oficia su festín de desdén juglar,

rezuma su risa contra el cristal,

astilla el decoro como cristal,

vende su insolencia como juglar.

Retumba un eco adentro, padre,

sin amparo queda el verso, madre,

bosteza la doctrina, viejo padre,

naufraga el llanto, silente madre,

se pierde el nombre mismo hoy, padre,

Y lega su canción al vientre madre.

Soneto XII La Madre

Y lega su canción al vientre madre,

en tu noche profunda incisión,

auspicio de siglos guarda su misterio,

y el tiempo se disuelve en leche madre.

Cose el dolor con hilos de la madre,
pare otra aurora en cada nuevo tejido,
exhala al torso un soplo de ternura
que al polvo secular devuelve madre.

Alumbra el mundo, oscuro y sin vientre,
en la línea gris de su dolor,
titubea un dios al borde de tu vientre,

y el miedo se arrodilla ante el dolor,
mas nadie oye el ocaso de aquel vientre,
blasfema su orfandad ante el dolor.

Soneto XIII El Ateo

Blasfema su orfandad ante el dolor,
pregona al dios que yace siempre ausente,
reclama un paraíso nunca presente,
y bebe, gota a gota, más dolor.

Alza en el cuenco transparente otro dolor,

bautiza con silencio al dios ausente,
esculpe en ámbar su duda presente,
y firma un sacrilegio de dolor.

En su evangelio nace puro abismo,
derriba los bastiones de la razón,
canta, sin fe, la letanía del abismo,

hiere con risa la frágil razón,
convierte el aire inhóspito en abismo,
y ofrenda al vértice su última razón.

Soneto XIV — El Niño del Futuro

y ofrenda al vértice su última razón,
en una luz superconductora,
funde el plomo del tiempo que fue ahora,
y siembra en silicio una pálida canción.

Sobre el cristal cuántico escribe su revelación,
tronido azul donde el sonido se transfigura,
brota un alba de materia que inaugura
la infancia cósmica de toda evolución.

No busca patria, respira en honda armonía,
pulso fotón que al vacío tiernamente abraza,
y engendra un dios sin dogma, pura armonía.

Ruido de estrellas al abismo lo abraza,
vuelve la noche un cántico de armonía,
alza una aurora blanca que todo abraza.

Soneto XV Magno Soneto

Alza una aurora blanca que todo abraza,
mientras se quiebra al fondo la vieja promesa,
la sombra huye y duda de toda certeza,
y el comienzo renacido en la luz se abraza.

El tiempo se inclina, de asombro se abriga,
reclama al porvenir su última promesa,
el hombre, desvelado, mendiga certeza,
pero la aurora ríe y de nuevo abraza.

Vibra en la noche un único sistema,
que roza el vértigo dulce del olvido,

la duda se hace savia de ese enigma,

la fe se disuelve en pétalo de olvido,
se abisma el universo en profunda armonía,
Retumba el alba, vencerá el olvido.

Soneto XVI Contrapunto del Silencio

Me nombra lanzándome a otro río,
Historia se desploma en la distancia,
Y sueña el algoritmo mi regreso,
traza al místico su último destino,
clama la multitud tras idéntico umbral,
surge el cínico y se ríe de la conciencia,
el poder se pliega en su sagrada farsa,
despierta el hondo instinto de la bestia,
al fin devora sombra la razón,
el eco deviene burlón juglar,
Y lega su canción al vientre madre,
blasfema su orfandad ante el dolor,
Y ofrenda al vértice su última razón,
alza una aurora blanca que todo abraza,
Retumba el alba, vencerá el olvido,

Y en el centro el silencio perpetúa su círculo.

Silencio.Contradicción. Aurora.

Materia sin verbo

Está obra no comienza: simplemente existe.

Fragmento hallado entre piedras

Carta del que nunca habló

No tengo nombre. Ni inicio. Ni herencia.

Fui anterior a la pregunta. Fui antes del gesto. Fui lo que aún no se curva porque no hay nadie que mire. Fui antes de todo verbo.

No soy sabio. Ni cosa. Ni dios. No soy el que dice, ni el que escucha. No soy siquiera el que calla. Soy lo que estaba cuando el silencio todavía no se sabía a sí mismo.

Fui piedra sin forma, y eso bastó.

Fui sombra sin cuerpo, y eso bastó.

Fui materia no nacida, y eso bastó.

Cuando el primer ser alzó su mirada hacia el mundo y buscó sentido, yo ya no estaba. Me escondí en los huecos, en los márgenes, en las vibraciones que no producen sonido. Me refugié en los rituales que nadie hizo, en los altares sin dios, en las flores que no llegaron a abrirse. Me volví ausencia. Y así, persistí.

Los hombres llegaron con palabras.

Querían ordenar lo que no se deja ordenar.

Querían nombrar lo que no pidió ser dicho.

Querían escribir lo que no tiene dirección.

Inventaron el tiempo.

Dividieron la forma.

Construyeron templos para un dios que había partido.

Y tallaron nombres en la piedra, pensando que así me convocaban.

Pero no comprendieron que la piedra no se deja habitar por nombres.

Solo por el peso del mundo.

A veces me confundieron con el Tao.

Otras veces me confundieron con la Nada.

Algunos me llamaron Principio.

Otros, Fin.

Pero siempre erraron. Porque no soy inicio ni cierre:

Soy lo que no tiene borde.

No vine a enseñar.

No vine a guiar.

No vine a revelar secretos.

Solo fui testigo.

Del relámpago que no cayó.

Del templo que no fue alzado.

De la plegaria sin boca.

Del silencio que no necesitó de nadie.

No escribí esta carta.

No fui yo quien dejó este fragmento.

Tal vez fue el mundo, en su respiración más antigua.

Tal vez fue una grieta.

Tal vez fue un recuerdo mineral que el tiempo olvidó disolver.

Y si al leer esto creés haber comprendido algo,

No lo repitas.

No lo expliques.

No lo enseñes.

Dejalo en piedra.

Dejalo sin sonido.

Dejalo como lo encontraste:

Sin autor, sin destino, sin voz.

Sección I  El lenguaje de las piedras

1 Basalto

No dice nada.

Pero su sombra vibra

como si recordara

la forma del relámpago.

2 Silicio

No supo ser agua.

Pero en su transparencia

aún tiembla

lo que nunca fue tacto.

3 Geoda vacía

Fingía un núcleo.

Pero al romperla,

sólo el silencio

brilló por dentro.

4 Falla tectónica

Nunca gritó.

Pero su grieta hablaba

en dialecto

de catástrofes lentas.

5 Ceniza petrificada

Fue llama.

Pero olvidó su incendio

y aprendió a ser

monumento del humo.

6 Cristal sin pulir

No quiso espejo.

Prefirió la aridez

de brillar

sin que nadie lo mire.

7 Pizarra sonora

No era música.

Pero el silencio rascaba

su lomo gris

como buscando un verbo.

8 Sal inmóvil

Fue océano.

Pero eligió secarse

y esperar quieta

que alguien muerda el desierto.

9 Piedra sin peso

No cayó nunca.

Se mantuvo en el mundo

como si el fondo

también supiera flotar.

## Sección II Respiración de las plantas

### 10 Brote ciego

No vio la luz.

Pero algo en su tallo

Obedecía

A la intuición del alba.

### 11 Savía detenida

No retrocedió.

Pero se detuvo en medio

Como si el tiempo

También necesitara una espina.

12 Raíz que duda

No eligió el norte.

Tampoco el fondo exacto.

Sólo se hundió

Como quien busca sin fe.

13 Hoja sin sol

No conoció el día.

Pero aún así se abría

Como si lo oscuro

También supiera dar vida.

14 Corteza en silencio

No dijo su edad.

Pero cada surco hablaba

Como si el tiempo

También supiera callar.

15 Follaje sin aire

No danzó jamás.

Pero su quietud brillaba

Como si el viento

Jamás hubiera existido.

16 Fotosíntesis interior

No buscó la luz.

Pero algo en su pulso

Nacía sin testigo

Como si el día viniera de adentro.

17 Tallo interrumpido

No tocó el cielo.

Pero su forma detenida

Parecía un gesto

Como si el no llegar fuera la forma.

18 Flor que no nació

No se abrió al mundo.

Pero la tierra la soñaba

Como si florecer

La traicionara.

Sección III Animales que sueñan con no serlo

19 Murciélago dormido

No soñó volar.

Sólo colgaba del techo

Como si el abajo

Se abriera en caída.

20 Jaguar sin presa

No rompió el monte.

Caminaba sin filo

Como si la quietud

Fuera su imperio sin forma.

21 Caballo invertido

No tocó la llanura.

Algo en él descendía

Como si la carrera

Se fundiera en su peso.

22 Zorro ausente

Fue sin ser visto.

No torció el velo del día.

Y su huella era ausencia,

Como si ausentarse fundara la presencia.

23 Ave sellada

No rompió el cascarón.

Pero la espera ya sabía

Que en su pecho velaba

La forma que no dormía.

24 Serpiente quieta

No reclamó figura.

Pero el tiempo se curvaba.

Que algo inmóvil pensaba

La historia no dibujada.

25 Ciervo sin rama

No llevó cornamenta.

Pero su andar contenía

La nobleza sin escena

De un rey que ya no reinaba.

26 Pez sin orilla

No alcanzó la ribera.

Pero su nado envolvía

La calma de quien no espera

Porque jamás se perdía.

27 Cría del relámpago

No dejó centella.

Pero el instante cedía

La pausa que antecede

Al mundo cuando se enfría.

Sección IV Elementos que se niegan a obedecer

28 Agua sin reflejo

No devolvió figura.

Pero el fondo se abría

Como si ver el reverso

Quitara sentido a la orilla.

29 Viento detenido

No rozó la hoja.

Pero algo suspendía

Como quien decide nada

En quedarse sin jornada.

30 Tierra que flota

No sostuvo el paso.

Pero algo en su quietud

Deshacía la certeza

De que el suelo es actitud.

31 Fuego sin calor

No contenía fiebre.

Pero soplaba sin brisa

Un orden sin territorio

Donde el centro se desliza.

32 Humedad seca

No dejó rocío.

Pero el tacto persistía

Como si el cuerpo supiera

De un agua que no caía.

33 Roca líquida

No ofreció dureza.

Pero algo se extendía

Como si la forma cediera

En borrar su geometría.

34 Aire sin fuga

No besó la frente.

Pero ocupaba el umbral

Como quien nunca ha partido

Y por eso no regresa.

35 Humo sin llama

No anunció incendio.

Pero flotaba el perfume

De algo que nunca ardió

Como si fingiera un duelo.

36 Arena que sube

No formó cimiento.

Pero alzaba lo invisible

Como si toda caída

Fuera impulso reversible.

## Sección V La arquitectura de lo innombrable

### 37 Puerta que no abre

No llevaba a sitio.

Pero su marco decía

Que incluso lo que se cierra

Puede fingir bienvenida.

### 38 Escalera sin peldaños

No ofrecía altura.

Pero su forma vacía

Sostenía la promesa

De una subida fingida.

39 Silla sin sentarse

.No sostuvo espalda.

Pero su hueco insistía

Como si ser lo esperado

Bastara para la guía.

40 Cúpula ciega

No dejó al cielo entrar.

Pero algo resonaba

Como si fingiera cima

Una altura reprimida.

41 Vasija sin fondo

No albergó sustancia.

Pero su boca ofrecía

La forma de lo que espera

Sin saber si lo vacía.

42 Borde

No dividió estancia.

Pero su borde guardaba lo inmóvil

Recordaba que a veces

El pasar queda ausente.

43 Habitación cóncava

No sostuvo abrigo.

Pero el Interior parecía

La memoria de un recinto

Que olvidó por qué existía.

44 Templo sin dios

No albergó plegaria.

Pero la bóveda ofrecía

Una forma sin mandato

Como si lo alto olvidara.

45 Refugio del no estar

No guardó presencia.

Pero nombraba un desierto

Una salida imposible

Donde el ser ya no volvía.

## Sección VI Rituales que nadie hizo

46 Gesto no pronunciado

Torcia el instante.

Pero el aliento fingía

La señal de lo invisible

Detenida en su vigía.

47 Plegaria sin idioma

Quiso ser voz pura,

Mas faltó verbo en la entraña.

Fue oración hecha exilio

De un dios que nadie extraña.

48 Incensario apagado

Quedó la ceniza intacta,

Sin haber nacido llama.

Fue liturgia del vacío

Que aún espera y aún reclama.

49 Misa mineral

Celebró penitencia rocosa

Un claro petrificado.

Fue silencio consagrado

Por el tiempo abandonado.

50 Agua que no bautiza

Resbaló intacta corriente

Sin tocar rostro dormido.

Fue pureza sin testigo,

Manantial nunca nacido.

51 Bendición fallida

Mano abierta sin mensaje

Dibujó rito quebrado.

Fue virtud inadvertida

Del perdón jamás creado.

52 Mantra trenzado

Tenso en silencio la cuerda

Un sonido desterrado.

Ritmo puro sin firma,

Infinito clausurado.

53 Culto del otro

Adoraron lo invisible

Desde un templo evaporado.

Dios ausente hecho polvo,

Credo intacto y abandonado.

54 Silencio ceremonial

Se hizo templo lo insonoro

En solemne desarraigo.

Rito de voz extinta,

Donde conduce el amparo.

Sección VII Pensamientos de la materia

55 Idea del cobre

Soñó un hilo de alborada

Entre escamas oxidadas.

Fue fulgor vuelto pregunta

En veta ya fatigada.

56 Pensamiento de hueso

Se curvó como silencio

En médula abandonada.

Fue armazón de lo no dicho

Sosteniendo la mirada.

57 Reflexión del pasado

Se dispersa lo sabido

En su baile fragmentado.

Cada grano fue certeza

Que el viento deshilachaba.

58 Duda del granito

Fue sostén sin argumento

Bajo forma derrumbada.

Aun callando su estructura,

El abismo la rondaba.

59 La memoria del carbón

Aguardó lo no encendido

Con su herida carbonada.

Prefirió olvido en estado puro

Que la noche no quemaba.

60 Argumento fósil

Se aferró a una forma extinta

Bajo historia congelada.

Fue lenguaje sin contexto

En la tierra sepultada.

61 Tesis del limo

Se tejió sin arquitectura

En su lecho de penumbra.

Fue saber sin elevación,

Pensamiento hecho espuma.

62 Hipótesis del hielo

Imaginó transparencia

Donde todo se retira.

Fue lo claro detenido

En la idea que delira.

63 Conclusión volcánica

Irrumpió como sentencia

Entre lavas no pensadas.

Fue final sin premisa

Que la tierra reclamaba.

Sección VIII Ruido blanco de los astros

64 Cometa sin dirección

Cruzó el éter sin ímpetu

Ni mandato ni horizonte.

Pregunta desprendida

Sin principio ni respuesta.

65 Estrella sin órbita

No giraba en eje alguno

Ni guardaba obediencia.

Fue su luz pura deriva

Ajena a toda sentencia.

66 Meteorito dormido

Negó ser impacto

En su lecho sideral.

Materia detenida

Sin destino celestial.

67 Eclipse sin testigos

Se cerró sobre sí mismo

En oscuridad no sabida.

Forjó sombra sin pronunciarse

Ni dejar señal de huida.

68 Galaxia soltera

No heredó nombre ni forma

Ni fue parte de un concierto.

Giró sola su silencio

Como un dios en desacierto.

69 Luz que no llega

Titiló desde el abismo

Sin tocar ojo ni historia.

Pedía claror nunca invocado

Que se apagó sin memoria.

70 Constelación sin mito

Sus puntos no se unieron

Ni tejieron narrativa.

Figura inconclusa

Sin leyenda ni deriva.

71 Nebulosa muda

No exhaló voz ni contorno

Ni marcó frontera alguna.

Fue lo informe sin deseo

Entre el verbo y la bruma.

72 Sombra del firmamento

Lo que no fue revelado

Bajo astros sin mandato.

Era noche sin espejos

Donde el cosmos fue relato.

Sección IX El Tao cuando nadie lo llama

73 Tao de la piedra

Se replegó en su dureza

Sin conflicto ni deseo.

Fue doctrina del sin movimiento

Donde el mundo pierde apego.

74 Tao del no decidir

No eligió ni sombra ni fuego,

Se inclinó hacia lo incierto.

Fue acción nunca nacida

En el corazón abierto.

75 Tao de lo interrumpido

Cayó como rezo cortado

En umbral que no se cierra.

Fue cauce sin su cauce,

Permanencia en la espera.

76 Tao de la espera sin fin

No era anhelo ni demora,

Sino quietud sin frontera.

Fue reloj sin voluntad

Que giraba hacia la fuera.

77 Tao sin pregunta

Despojado de sentido

Se asentó en lo no sabido.

Fue saber sin apetito,

Pensamiento sin ruido.

78 Tao del recuerdo

Se elevó en su desmemoria

Como cifra disgregada.

Era verbo sin su centro

En la danza desarmada.

79 Tao sin Tao

Ya sin nombre ni reverso,

Sin raíz ni desenlace.

Promulgo sin ser, sin afirmarse,

Sin decir lo que deshace.

80 Tao del error

Se dobló sobre sí mismo

Como espejo que reniega.

Designio mal trazado

Que el vacío privilegia.

81 No Tao

Ni forma ni disolución,

Ni lo ausente ni lo pleno.

Fue un gesto que no es gesto

Y un fin sin fundamento.

El vacío que nombra

Fragmento I

El primer verbo partió la piedra.

No para nombrarla,

Sino para fingir que la entendía.

Desde entonces,

Toda forma es una herida que se repite.

Fragmento II

Antes del lenguaje,

Las cosas eran enteras.

El verbo llegó como un reflejo quebrado

Que pretendió ser algo.

## Fragmento III

Nombrar no es crear.

Es introducir una grieta

Entre la cosa y su silencio.

Lo que permanece no habla:

Solo recuerda sin decir.

## Fragmento IV

No hay error más antiguo que querer decir.

Cada palabra,

Un intento de encerrar lo que no se pliega.

La materia jamás pidió sentido.

## Fragmento V

Cuando el dios habló,

Dejó de ser dios.

Lo sagrado no pronuncia:

Vibra en lo que se niega.

## Fragmento VI

El silencio no es ausencia.

Es la forma que toma lo completo

Cuando ya no necesita responder.

## Fragmento VII

Lo que no fue dicho

Tampoco fue olvidado.

La memoria más pura

Es la que no se deja pronunciar.

## Fragmento VIII

Toda palabra es un límite.

Por eso el cosmos,

Para existir del todo,

Tuvo que callar primero.

## Fragmento IX

A veces, la piedra duda.

No porque piense,

Sino porque el mundo insiste

En nombrarla desde afuera.

## Fragmento X

El verbo quiso tocar.

Pero no tiene manos.

Solo roza, y al rozar,

Rompe lo que pretendía unir.

## Fragmento XI

Decir es elegir.

Pero lo eterno no escoge:

Simplemente está.

Y por eso ningún verbo

Puede alcanzarlo.

## Fragmento XII

Si algo no se nombra,

No desaparece.

Solo se vuelve más real

Para quienes aprendieron a mirar

Sin reclamar respuesta.

## Fragmento XIII

El verbo cayó.

Lo siguió el sentido.

Lo último en caer fue el nombre.

Entonces el mundo respiró,

Por fin, sin ser visto.

## Epílogo del No Decir

No hay cosa más antigua que aquello que no quiso ser dicho. Antes del signo, antes del trazo, antes de que el primer tallo curvado en el barro fuera interpretado como intención, había ya una respiración sin boca, una geometría sin testigo, un temblor de la forma que ni siquiera aspiraba a ser forma. Ese temblor invisible, impersonal, ajeno a todo cálculo fue el verdadero inicio. Y su lenguaje era el del no lenguaje.

La piedra no se sabe piedra. La raíz no se pregunta si crece. La sombra no se reconoce sombra. Solo el humano, deseoso de imponerse sentido, rompió el equilibrio con un alfabeto. Y desde entonces todo fue herida, partición, eco y pretensión.

El verbo fue una arrogancia. Una de las más refinadas.

Nombrar es una tentativa de someter lo que no desea ser poseído. Es marcar, en el lomo del mundo, una grieta. Y en esa grieta se cuela el deseo, el juicio, el error, el símbolo. Lo que fue entero se parte, lo que era gesto se vuelve signo, lo que no era nada, se transforma en representación. Toda palabra es un exilio.

La antigua China comprendió esta paradoja. El Tao, que no puede nombrarse sin perder su naturaleza, no es un camino sino una no dirección. No un código, sino una vibración. Los sabios lo intuyeron en los suspiros del bambú, en la curvatura del agua, en el vacío del cuenco y en el humo que no deja rastro. No lo enseñaron: lo señalaron. Y luego callaron.

El acto más elevado de sabiduría no fue escribir el Tao Te Ching, sino haberlo reducido a ochenta y un capítulos, luego haberlo cerrado, y después haber guardado silencio durante el resto de la vida. Porque saber es desvanecer. Entender es renunciar. Y decir es, casi siempre, traicionar.

Nosotros, herederos de imperios verbales, no sabemos callar. La idea occidental de logos como orden creador como verbo fundacional, como mandato divino fue un error de interpretación. Si hubo un

verbo, no fue “hágase”, sino “escóndete”. No “llámalo”, sino “olvídalo”. No “di”, sino “sé”.

Pero incluso esa afirmación, acá escrita, ya yerra. Ya desarma. Ya intenta. Ya es demasiado.

¿Y si todo el universo fuera solo una forma de no decir? ¿Y si cada roca, cada mineral, cada cristal sin testigo, fuera un fragmento de lo sagrado precisamente por no exigir ningún rastro? El templo más puro no contiene estatuas. El altar más exacto no espera sacrificio. El dios más verdadero jamás se dejó esculpir.

Nombramos para no caer en el abismo. Pero el abismo nunca fue enemigo. Solo el espejo de lo que se resiste a obedecer.

Por eso el verbo es una forma de miedo. Un refugio ornamentado. Y todo verbo que se repite se convierte en un edificio. Y todo edificio que se habita se convierte en una cárcel.

La piedra, en cambio, no encierra. Solo está.

Ahí donde no hay nombres, el mundo respira. Ahí donde no hay intención, todo se ajusta. Allí donde no hay palabra, el equilibrio se guarda. Y en ese espacio breve, imperceptible, anterior al juicio vive el Tao.

Por eso el silencio no es carencia. Es fidelidad.

Por eso la piedra no habla. No lo necesita.

Por eso el sabio no impone. Se curva.

Y por eso este libro, ahora, no afirma.

Solo escucha lo que aún no ha sido dicho.

El verbo descendió. No como un don, sino como un peso. Fue un residuo, no una cima. No cayó como luz, sino como bruma que disgrega la forma. Desde su ingreso, el mundo ya no fue entero: cada cosa se volvió fragmento de otra, cada línea quiso ser flecha, cada

imagen reclamó un borde. Y el tiempo esa gran invención de lo dicho se desplegó como una serpiente que se muerde la lengua.

Ya no hubo presencia, sino relato. Ya no hubo ser, sino historia. Ya no hubo estar, sino interpretación.

El lenguaje comenzó a multiplicar los rostros de lo real, y con ello surgió la confusión. La materia, que hasta entonces había bastado con su quietud, fue arrastrada a la danza de los significados. Las piedras se volvieron símbolo. Los árboles, metáfora. El fuego, emblema. Y el silencio, sospecha.

Todo lo que no hablaba fue considerado inferior. Todo lo que no respondía fue diagnosticado como inerte. Lo vivo, lo pensante, lo humano, se convirtió en medida. Y así nació la distancia.

La distancia entre el ser y su forma.

Entre la palabra y lo nombrado.

Entre el mundo y su recuerdo.

Entre el cuerpo y la conciencia.

Entre el alma y la voz.

El logos devoró al Tao.

La claridad desplazó al misterio.

El discurso desplazó al sismo.

Y la palabra sustituyó al mundo.

Fue allí cuando el templo se llenó de cantos, de tratados, de salmos, de letanías, de nombres de dioses y de cosas sagradas que antes no tenían nombre. Fue entonces cuando la verdad dejó de ser presencia y se volvió doctrina. Cuando la sabiduría ya no bastó con vibrar, y necesitó escribirse. Y cuando lo escrito ya no bastó, y se organizó en escuelas, y cuando las escuelas ya no bastaron, se alzaron imperios.

Todo eso nació de un verbo.

Pero el verbo no era culpa, sino síntoma. Un modo de recordar, torpemente, aquello que el cuerpo ya sabía y que el alma olvidó cuando intentó decirlo. Como un eco del vacío, el lenguaje quiso sostener lo que no se deja sostener: la existencia sin función, la materia sin discurso, la belleza sin finalidad.

Y aún hoy, cada vez que escribimos, nos debatimos entre dos impulsos:

El impulso de fijar, definir, cristalizar.

Y el impulso más profundo: el de desaparecer dentro de la forma.

Porque escribir es una caída. Pero también puede ser una curvatura, un gesto que acompaña la corriente sin intentar dirigirla. Como el agua que no razona, pero encuentra la grieta. Como el humo que no razona, pero perfuma. Como la piedra que no razona, pero sostiene.

Si hay sabiduría en decir, no está en el contenido, sino en cómo se curva lo dicho hacia lo que no puede decirse. En ese giro, en esa torsión sutil, en esa rendición secreta, puede habitar el instante verdadero. La frase que se disuelve, no la que concluye. La línea que abre, no la que cierra.

Y entonces volvemos a mirar el mundo,

Como si no supiéramos nada,

Como si aún no lo hubiéramos nombrado,

Como si todo pudiera existir otra vez sin testigo.

El mundo no está hecho de cosas, ni de pensamientos, ni de actos. Está hecho de presencias que no reclaman forma. Hay algo más antiguo que el tiempo y más sutil que la conciencia: el equilibrio sin nombre. No es armonía pues no tiene partes, ni orden pues no requiere principio. Es simplemente la manera en que todo lo que existe se acomoda sin mandato, como la arena que encuentra su

descanso en la curvatura del viento, o como el musgo que se aferra a la forma sin estrategia.

Ese equilibrio no tiene voz. No responde, no enseña, no revela. No puede ser alcanzado con doctrina, ni medido con razón. Solo puede ser imitado en el gesto sin intención, en el acto que no busca resultado, en la palabra que se curva hacia su disolución.

El sabio no es quien sabe, sino quien se retira del saber sin negarlo. El poeta no es quien canta, sino quien escucha lo que no puede ser cantado. Y el último de los sabios será el que no haya escrito nada, pero cuya presencia habrá equilibrado el aire.

Por eso este libro no concluye.

No entrega respuestas, no reclama futuro, no exige reverencia.

No aspira a sentido. No busca ser leído.

Ha sido escrito solo para recordar lo que la piedra ya sabía.

Para dar forma al temblor del no hacer.

Para celebrar el mundo que no necesita testigo.

En el Tao, todo regreso es una no llegada.

Todo centro, una ausencia.

Todo fin, una torsión.

El sabio se curva. La cuerda se afloja. El camino se borra.

Y lo que queda no es un texto,

Sino un respiro.

Un respiro donde ya no hay nombre,

Ni autor,

Ni lector.

Solo eso: materia sin verbo.

Glosario del No Decir

Definiciones de lo que no se puede definir.

1 Piedra

Lo que persiste sin pedir nombre.

2 Verbo

Herida brillante en el lomo del mundo.

3 Silencio

Palabra que no quiso nacer.

4 Templo

Forma hueca donde el dios ya no está.

5 Sombra

Luz que recordó su origen.

6 Materia

Existencia sin ego.

7 Tao

Flujo sin intención. Camino sin sendero.

8 Nombre

Cautiverio sonoro del ser.

9 Equilibrio

Tensión perfecta entre lo que no se toca.

10 No ser

Estado anterior a la pregunta.

11 Raíz

Gesto ciego que busca sin dirección.

12 Forma

Límite ritual de lo informe.

13 Tiempo

Invento del verbo para fingir movimiento.

14 Memoria

Grieta dulce que el olvido no cerró.

15 Animal

Presencia que aún recuerda el mundo sin palabra.

16 Piedra líquida

Contradicción fiel a su origen.

17 Incensario

Rastro de un dios apagado.

18 Tallo

Verticalidad sin conquista.

19 Dios

Presencia que no quiere figura.

20 Mito

Lenguaje que se acepta incompleto.

21 Flor no nacida

Promesa intacta que el mundo no mereció.

22 Desierto

Verbo dormido en la arena.

23 Cuerpo

Límite ritual de lo invisible.

24 Relámpago

Instante que se niega a durar.

25 Viento

Voz sin boca.

26 Cúpula

Curvatura que finge abrigo.

27 Error

Sabiduría sin maestro.

28 Peso

Memoria del abismo en cada cosa.

29 Línea

División que olvida su origen circular.

30 Refugio

Espacio inventado para fingir permanencia.

31 Fuego sin calor

Presencia sin intención.

32 Umbral

Borde donde el verbo se arrepiente.

33 No Tao

La forma más pura del Tao: la que no intenta serlo.

La despedida del Poeta

S

Veo una taza astillada,

su filo torcido sostiene el café de la mañana.

Me dice sin voz:

"soy perfecta en mi falla,

contengo el día lo suficiente".

Me río:

creí que la verdad venía en letras de bronce,

y resulta que cabe en una muesca

que nadie pensó reparar.

Miro la calle:

un perro viejo se sacude la lluvia,

después se sienta como un rey

en el trono de un cartón mojado.

Gobierna el instante sin decreto.

Entonces comprendo o apenas adivino
que el mundo se mantiene en pie
por el pacto silencioso
entre lo que sirve y lo que se quiebra.

Y una ternura pequeña,
tan pequeña que cualquier niño la entendería,
me dice al oído:
"No te creas distinto.
Tú también eres esa taza,
ese perro,
ese cartón que parece nada
y es, en secreto, el lugar de la dignidad."

U

Una hoja rota flota en la acequia.
No llega a ninguna parte
y, sin embargo, empuja el día hacia adelante.

Un niño la recoge,
la mira como si hallara un tesoro,
luego la deja ir:

"hay cosas dice que viajan mejor solas".

Yo asiento, sin saber si soy maestro o alumno.
La hoja, el agua, el niño y mi sombra
acuerdan en silencio
que la grandeza no hace ruido,
apenas dibuja un gesto mínimo
que cualquiera podría comprender
o quizás Buda, o nadie
y sigue.

E

Encuentro un clavo torcido en la vereda.
Nadie lo quiere: es corto, oxidado, inútil.
Lo tomo y pienso:
sirvió alguna vez para sostener un cuadro,
quizá el retrato de una madre,
o la tarjeta de un cumpleaños olvidado.

Bajo la luz de la tarde
el clavo brilla con la dignidad de quien ya no compite.
Me enseña sin sermón
que hay vidas completas en la pura renuncia:

cuando el metal pierde su filo

descubre que puede ser palabra,

que su óxido escribe en silencio

lo que el oro nunca dirá.

Paso al lado de un banco mellado,

dos ancianos comparten un dulce duro

y sonríen como si fuera pastel.

Entiendo entonces

que la abundancia es un malentendido de los coleccionistas,

y que lo único que salva al mundo

cabe en la grieta de un clavo

o en la miga que se parte en dos

para que ambos tengan algo que llevar a la boca.

Así, el día se cierra sin aplausos

y el clavo torcido, olvidado de volver a ser herramienta,

queda guardado en mi bolsillo

como un recordatorio sencillo:

lo imperfecto es nuestro verdadero hogar.

L

Levanto un hilo suelto del abrigo viejo.

Se desenreda sin prisa,
como si contara una historia que nadie pidió.

Pienso:
este hilo sostuvo inviernos,
viajó en colectivos abarrotados,
escuchó confesiones ajenas
y calló las mías.

Ahora, libre de la costura,
no sirve para tapar el frío
pero sirve para mostrarme
que todo vínculo, tarde o temprano,
debe aprender a soltarse
para no estrangular el tejido que amó.

A un costado, una flor marchita
se aferra a la fisura del asfalto,
no espera aplausos ni rescate,
sólo insiste en florecer por última vez.

Comprendo o finjo comprender
que la vida es puntada y descosido:
nada dura, nadie sobra,

y la gracia nace cuando aceptamos

que todo abrigo se hace fragmento

y todo fragmento encuentra su luz

en el lugar menos pensado.

Guardo el hilo en mi bolsillo,

igual que ayer guardé el clavo torcido.

Quizá mañana lo pierda,

y tal vez quien lo halle piense:

"¿para qué sirve esto?"

Servirá, estoy seguro,

para recordar que lo roto también abriga.

T

Tomo un trozo de vidrio esmerilado

que la orilla del río ha pulido durante quién sabe cuántos años.

Ya no corta ni refleja,

sólo muestra un cielo opaco,

como si guardara pudor por la luz.

Lo acerco al ojo

y el mundo se vuelve una acuarela suave:

las casas pierden sus esquinas,

las grietas parecen pétalos,

la gente camina envuelta en niebla doméstica.

Pienso: tal vez la belleza no sea otra cosa

que un filo gastado hasta volverse caricia.

Quizá por eso el río colecciona botellas rotas:

sabe que, con tiempo suficiente,

todo insulto de vidrio se transforma en canto manso.

Regreso el fragmento a la corriente.

No busco reliquias,

busco entender por qué las cosas pequeñas

aprenden antes que nosotros

que la herida puede ser, al final,

una forma discreta de luz.

A

Abro un paraguas roto que alguien dejó junto al banco.

Sus varillas faltantes dibujan un esqueleto torpe,

pero la tela, toda agujereada, aún guarda olor a tormenta reciente.

Lo giro hacia el sol:

cada desgarrón proyecta pequeñas islas de sombra sobre mi mano.

Pienso que el paraguas sigue cumpliendo su tarea,
solo que ahora reparte la protección en migajas,
como quien parte un pan para muchos.

Una chica pasa y ríe al verlo,
le ofrezco una de esas sombras diminutas
y acepta, sin palabras, el gesto.
Por un segundo, compartimos refugio
del calor y del miedo a no encajar.

Cuando me voy, dejo el paraguas donde estaba.
Quizá otro lo encuentre
y descubra que, incluso así,
puede dar cobijo a la mirada cansada
de quien necesite un breve respiro.

T

Traía una piedra en el zapato desde la mañana.
No era grande, pero insistía:
una mínima presencia que obligaba a recordarla a cada paso.

Al fin, me detuve.
La saqué, la miré.

No tenía forma especial,

no parecía decir nada.

Sin embargo, pensé:

cuánto poder en lo que no quiere herirte,

pero tampoco dejarte avanzar sin ser notado.

La dejé en el borde de una maceta

junto a otras cosas inútiles que colecciona la ciudad:

una tapa de bolígrafo,

un botón sin camisa,

una llave oxidada que ya no abre nada.

Y me reí,

no por burla,

sino por ternura:

esa pequeña asamblea de cosas perdidas

me pareció más sabia que muchas reuniones de hombres importantes.

Quizá el mundo no necesita tantas respuestas.

Tal vez baste con saber

que incluso una piedra incómoda

puede enseñarte a detenerte

y mirar lo que nunca mirás.

U

Una silla cojea en el bar de la esquina.
Nadie la quiere: sacude el suelo con su paso chueco,
hace ruido, interrumpe la charla.

El mozo la aparta.
Un hombre fatigado la elige igual,
como quien abraza su propio error,
y se sienta.

La silla, agradecida, mece la espalda del desconocido.
Ese balanceo minúsculo parece restarle peso al día.

Entonces comprendo:
a veces un defecto ofrece el único ritmo
que alivia la pena sin pedir nada.

Cuando el hombre se marcha
acaricia el respaldo inútil
con la ternura reservada a los viejos amigos.

Quizá el mundo se mantiene en pie
por esas cosas que no sostienen del todo
y por la gente que las acepta,
sabiendo que la misma torpeza
nos mantiene, también a nosotros, en movimiento.

N

Noto una fisura en la roca del puente.
Dentro, un cristal minúsculo asoma
como un ojo que aprende a ver despacio.

Paso el dedo: está frío, pero no muerto.
Pienso que, aunque nadie lo nombre,
ese brillo sostiene su humilde misión:
guardar un poco de luz
para los que cruzan sin mirar.

No predica, no reclama.
Se limita a estar ahí, firme,
con la paciencia de lo que dura más que un siglo
y aun así no presume de eternidad.

Me quedo un instante,

lo suficiente para entender
que el mundo también se compone
de pequeñas lámparas anónimas
que siguen encendidas,
aunque nunca les digamos gracias.

O

Observo un puñado de sal derramada sobre la mesa.
Cada grano es un diminuto prisma que rehace la luz,
pero juntos parecen una simple mancha,
algo que se barre sin pensar.

Deslizo el dedo y reúno los granos:
resisten, se aferran a la superficie,
como si dijeran que la unión más fuerte
es la que nadie celebra.

Pienso que hay destinos modestos
dar sabor, curar una herida, evitar la podredumbre
y que tal vez la grandeza consista
en disolverse para que otros permanezcan.

Dejo la sal caer otra vez.

No dibujo figuras, no firmo un nombre:
permito que el azar trace su propio mapa,
porque a veces lo más justo
es soltar el control
y aceptar que el mundo acomoda sus cristales
mucho mejor que nosotros.

M

Me detengo ante un corpúsculo de mica incrustado en la pared.
A simple vista es polvo con brillo,
pero al acercar los ojos revela sus láminas secretas,
capas mínimas que se separan sin dolor.

Pienso: si tuviéramos la paciencia de la roca
nos deshojaríamos con la misma calma,
cediendo cada pliegue de orgullo
hasta quedar ligeros, casi aire.

Un golpe de martillo habría pulverizado la veta,
sin embargo la lluvia, gota a gota,
logró lo que la violencia no puede:
deshacer la piedra sin destruir su canto.

Aprendo entonces que la fuerza más alta
no empuja ni rompe,
simplemente insiste
hasta que lo duro comprende
que ceder es otra forma de permanecer.

B

Busco sombra bajo un muro descascarado.
Una brizna de musgo asoma entre ladrillos:
verde mínimo que se aferra a la arcilla herida.

Pienso que la pared no nació para criar jardín,
pero perdió partes de sí
y en esas brechas la vida vio ocasión.

Acaricio el musgo, es frío, casi tímido.
No pretende cubrir el muro,
sólo existir donde le fue dado hueco.

Aprendo que cada ruptura, bien mirada,
es invitación para algo nuevo
no grande, no ruidoso
apenas suficiente para recordar

que la materia, cuando se quiebra,

también abre puertas.

R

Recojo una llave sin diente tirada en la vereda.

No abre nada, perdió su mapa hace tiempo.

Sin embargo, la acerco al oído

y escucho un leve tintineo,

como si todavía guardara la memoria

de puertas que una vez supo cuidar.

Pienso que hay amores así:

ya no encajan en cerradura alguna,

pero siguen sonando en nuestro bolsillo

para que no olvidemos

que el mundo tuvo un umbral

donde fuimos recibidos.

Dejo la llave en la repisa de un puesto de diarios.

Quizá alguien la vea brillar al sol

y recuerde, sin saber por qué,

que siempre existe un lugar

al que vale la pena regresar,
aunque la puerta ya no sea la misma.

E

Examino un guijarro rajado al borde del camino.
Lo giro y asoma un hilo de cuarzo,
blanco y delgado como un secreto que no grita.

Pienso que el mineral guardó esa luz durante siglos
sin pedir vitrinas ni poemas.
Supo brillar a puerta cerrada
mientras todo alrededor envejecía.

Romperlo no fue conquista,
fue apenas descubrir
que algunas verdades se ofrecen sólo
cuando aceptamos la grieta.

Vuelvo a juntar las mitades
y las dejo donde estaban:
el mundo no necesita más reliquias,
sólo ojos dispuestos a ver
el resplandor humilde

que yace en lo partido.

E

Encuentro un ladrillo partido junto al terraplén.
En su interior, una veta de arcilla más clara
dibuja un fugaz cometa fósil.

Me hace gracia pensar
que incluso la fábrica más severa
no pudo quitarle al barro su deseo de cielo:
allí, donde el horno dictó uniformidad,
el color se rebeló con un guiño.

Apoyo la mejilla sobre la superficie áspera,
conservo en la piel un polvo rojizo
que no hiere ni mancha,
sólo recuerda la historia de la tierra
antes de llamarse pared.

Entiendo entonces
que la marca no es derrota,
sino la señal de que algo resiste aún debajo
y pide ser visto.

Vuelvo a dejar el ladrillo en su sitio.
No remiendo el terraplén,
prefiero que el caminante curioso
descubra, algún día,
que la imperfección también ilumina el paso.

N

Nace una gota en la arista de una baranda oxidada.
No es lluvia ni rocío:
simple sudor del metal que enfría su cansancio.

La observo temblar
tan pequeña que podría ignorarla
pero en su curva minúscula cabe el cielo entero,
invertido y sin alarde.

Pienso: si el mundo se refleja en algo tan frágil,
¿qué urgencia tenemos de espejos pulidos?
¿Y por qué tememos quebrarnos
si la grieta multiplica el horizonte?

El sol llega, la gota se disuelve.

Nada queda salvo un cerco tenue,
como un sello que certifica:
la belleza puede existir un segundo
y bastar para justificar el día.

L

Llego al río con un cuaderno gastado.
Arranco la última hoja
no para guardarla,
sino para dársela al agua.

La corriente la toma sin juicio,
la dobla, la abre, la vuelve a cerrar
hasta que la tinta se disuelve
y sólo queda pulpa que nadie firmó.

Comprendo entonces:
las palabras, como nosotros,
valen apenas lo que sueltan
cuando dejan de ser nombre propio.

Regreso sin el cuaderno.
Nada se ha perdido:

lo que fui ya flota río abajo,
disponible para cualquier sed
que aún no conozco.

A

Apago la luz y el pasillo se llena de una claridad que no es mía,
esa penumbra suficiente que muestra lo imprescindible
y deja el resto para la imaginación.

En el suelo, una media sin pareja
hace de alfombra a mis pasos últimos,
parece burlarse del afán de completud
y, al mismo tiempo, ofrecerle descanso a mi desvelo.

Me inclino, lo recojo, lo deposito en la cesta vacía.
No lo lavo ni lo ordeno,
le concedo la libertad de no ser arreglo,
sólo presencia pequeña que recuerda
que la despedida no exige impecables inventarios.

Mientras avanzo, la puerta se entorna sola.
El aire que entra huele a hojas quemadas,
como si alguien al otro lado celebrara otro final.

Entiendo sin solemnidad
que todo cierre merece un aroma
y que la vida, amable, lo provee
sin preguntarnos si estamos listos.

S

Suelto una semilla en el andén.
Nadie aguarda brotes entre riel y cemento,
pero cada resistencia insiste en buscar luz
aunque el ruido prometa sólo óxido.

El tren pasa, levanta polvo y dudas.
La semilla apenas se sacude,
como si supiera que el estruendo es breve
y la paciencia viaja más lejos.

Comprendo que despedirse es esto:
dejar lo que amamos donde quizá no prospere
y confiar en que el fracaso también nutre.

Me marcho sin volver la vista.
Si un día un tallo divide el gris,

será señal para otros ojos,

y eso basta.

O

Oigo la bisagra de una puerta que ya no está.

Quedó el marco, nada más,

y el eje gira al viento como quien saluda a un huésped invisible.

Me acerco: el metal suena un quejido breve, casi canto

y descubro que hasta la ausencia pide ceremonia.

Entiendo entonces que despedirse no es cerrar,

sino permitir al movimiento seguir

aunque el destino haya cambiado.

Me alejo.

La bisagra continúa su ronda sin ofenderse

y en mis huesos resuena el mismo crujido

que recuerda, todavía puedo girar

sin atarme a ninguna puerta.

M

Me cruzo con una moneda despintada en la vereda.
No vale casi nada: la fecha borrosa, el borde comido.

La tomo por costumbre, la hago girar sobre el dedo.
Titubea, cae, vuelve a intentarlo,
al tercer giro, se queda quieta, como diciendo:
"hasta aquí llego, y no está mal".

Pienso que, al perder su brillo,
ganó una libertad que las nuevas aún no conocen:
ya nadie la exige, nadie la cuenta.
Puede rodar hacia el desagüe o dormir en un bolsillo
sin deber algo a quien la guarde.

La devuelvo al suelo, esta vez junto a un charco.
Ahí refleja el gris del cielo de modo exacto,
ni más claro ni más oscuro,
simple espejo humilde para quien mire abajo.

Sigo mi camino entendiendo que el precio de despedirse
es renunciar a pulir lo que ya es suficiente.

B

Beso el borde astillado de una copa vacía
antes de dejarla sobre la mesa.
El vidrio, no ofrece peligro:
la herida le enseñó a ser suave.

Pienso que algo similar sucede al corazón
cuando aprende a cuidar lo que ya no puede contener.

Un hilo de luz atraviesa la rotura
y proyecta círculos irregulares en la pared,
parecen rutas que nunca seguiré
y, aun así, me consuelan con su promesa de viaje.

Dejo la copa donde cualquiera pueda verla:
quizá otro beba en ella,
quizá sólo admire la forma que adoptó el fracaso
al volverse transparente.

Al despedirme, no me llevo ni el reflejo,
basta con saber que la Copa rota
como quien la miró
sigue dispuesta a alojar un sorbo de mundo.

R

Recojo un reloj de pulsera sin manecillas
que alguien dejó en el alféizar de la estación.
Su esfera vacía refleja el cielo
y marca, con brutal claridad, la hora de nadie.

Lo acerco al oído: ningún tic tac,
sólo el sonar lejano de los trenes que se alejan.
Entiendo al instante que su función ahora
no es medir, sino liberar.

Pienso en cuántas veces pedí al tiempo un precio justo,
y cómo, al final, la justicia fue simple:
dejar de contar.

Apoyo el reloj sobre el asiento de madera gastada
regalo para quien necesite por fin
llegar sin prisa a ninguna parte
y me levanto ligero,
como si un peso antiguo se hubiese desatornillado del pecho.

Así continúo, sabiendo que la despedida verdadera
es abrir la mano
y permitir que hasta el último instante

se vaya sin insistir en un nombre.

A

Acaricio la arena que aún guardo en los bolsillos.
Fue mi carga de camello
orgullo de andar sobre desiertos que yo mismo inventé.

La dejo caer, grano tras grano,
cada uno regresa al suelo con un sonido breve,
una risa que sólo los niños comprenden:
lluvia sin nube, juego sin razón.

Comprendo al fin que, tras rugir como león
y acarrear como bestia mansa,
lo único imprescindible es este asombro recién lavado,
ligero como un trompo que empieza a girar.

Nada queda por sostener,
salvo el aire abierto donde todo vuelve a ser primero.

Conjunto de títulos

SUELTA

TU

NOMBRE

EN

LA

SOMBRA

El leon El camello y el niño

La mancha 1: Aforismos

Piedra papel o tijeras: Haikús

Pausa para la merienda

Rayuela

La mancha

PrefacioTratado

Todo viaje comienza con un tajo. Mas no es único.

Dolor superficial, el corte visible que sangra nombre propio.

Dolor del otro herida reflejada, espejo que duele a dos.

Dolor ontológico incisión radical que descose el ser de sí mismo.

Atravesados los tres, la carne ya no busca ungüentos, habita el gris.

Gris: no mezcla tibia, sino campo neutro donde la luz se asienta a conversar con la sombra sin pretender victoria.

En ese claroscuro se abre una comprensión nueva: la compasión no es lástima que desciende, sino calor ecuánime que asciende desde toda molécula.

Cuando el tacto acepta al universo como costilla, brota un fuego sin humo, la palabra calla para que la brasa piense. El lenguaje entero se reconoce prótesis útil, pero no imprescindible y, agradecido, inicia su propia disolución.

Si la multiplicidad es mero despliegue del mismo campo, todo número regresa a su manantial: $\infty = 1$

Acá se desploma el viejo panteón de la élite.

La poesía, la física, la cibernética se comprueban juegos multicausales: combinaciones de fichas que pueden embellecer o desentonar según el ojo que mire. Su dignidad es la de lavarse los dientes: gesto cotidiano que honra el aroma de la existencia.

Un poema puede terminar como leña de asado o joya de vitrina académica, la hoguera y la vitrina son anécdotas. El valor no reside en la obra sino en el ímpetu que la engendra y la entrega.

Samsara y Nirvana dejan de ser polos opuestos, se funden como dos versos que se descubren rima. El trayecto celeste del alma desciende a los pasos menudos preparar café, barrer la vereda y descubre ahí la misma sacralidad que en cualquier cumbre mística.

La verdad dolorosa se transmuta en júbilo diminuto, un destello en la corteza del pan, el zumbido cordial de un insecto que confirma la orquesta cósmica.

Gnosis sin cauce es fósil mental, teoría sin servicio, ceniza fría.

La única erudición legítima se llama paz activa, obrar sin codicia de fruto, regar sin contabilidad de flores. Comprometer el músculo, la mirada y la respiración a que el otro no sufra innecesariamente y hacerlo sin dramatismo, como quien respira.

El Creador último llámese Dios, Vacío, Punto Omega no pide monumentos, sino juego consciente.

Crear es soplar la brasa y retirarse, permitir que el rescoldo ilumine al forastero o se disipe en la intemperie. Ambos destinos sirven al mismo teorema: $\infty = 1$.

Por eso esta obra se ofrece sin contraseña de prestigio.

Tómala como cepillo, leña o enseñanza rómpela si hace falta avivar tu fuego o tu risa.

Sólo recuerda esto:

Quien abraza el gris, deja de temer la sombra.

Quien calla en compasión, vuelve verbo la brasa.

Quien juega sin dueño, confirma que el Uno respira en cada plural.

Lee. Quema. Comparte.

El resto es simplemente la alegría de seguir encendiendo el día.

La mancha

La ceniza sueña con regresar al incendio que la parió, sabe que su vocación no es cubrir, sino recordar el instante en que la materia aprendió a cantar en rojo. Sopla sobre ella y escucharás una plegaria hecha de brasas microscópicas que invocan, en secreto, la resurrección del momento.

2

Prometo —decis— es sembrar médanos en la tormenta. Pero el viento, maestro de desconciertos, firma sobre cada grano un pacto de vuelo. Cuando la arena comprende que el suelo era una costumbre, se vuelve nube terrestre y exilia al caminante dentro de su propio horizonte movedizo.

3

Hay cenizas tan delicadas que fingen nieve para burlar al dolor. El tacto inocente las confunde con frescura, solo el espíritu atento advierte el malestar oculto que convierte cada copo gris en un fósforo clandestino donde arde, en silencio, la vocación del incendio absoluto.

4

El grito más alto no atraviesa la garganta: se desliza hasta los párpados y allí destila una lágrima de amatista ardiente. Ese fluido, raro destello, corta la imagen del mundo como si fuese un vidrio blando, revelando la herida que sostiene la belleza.

5

Cuando halles el centro del laberinto recuerda que el hilo, cansado de guiar héroes, se deshila por aburrimiento. El minotauro, sin

huésped, habita ahora tu psiquis: no ruge, respira. Y en su aliento se esconde la brújula que corrigió su propia geometría en un gesto de cansancio.

6

Nunca es un candado que se forja con la misma aleación de la llave y del muro. Atraviesas el umbral creyendo cerrar el pasado, al girar la marcha descubres que el cerrojo aprieta tu futuro, transformándote en guardián involuntario de mil puertas sin destino.

7

Los sauces renunciaron al tiempo, ahora descifran su oscilación mínima en una pregunta. Allí, donde la piel deja de ser frontera y se vuelve sismógrafo, penetra la hora verdadera, esa que no conoce calendario y solo se mide en sobresaltos del silencio.

8

Pensar es calcinar palabras hasta que se desnudan en carbón puro. El filósofo arrima su musa y, al verlas brillar en negro, comprende que la idea es apenas el espectro luminoso que la ceniza concede al olvido para que no se marche a oscuras.

9

Un muelle vacío recita salmos al agua que retrocede. Cada tabla, agrietada de memoria salina, huele la retirada del mar como quien huele un adiós. La marea, generosa, deja sin herencia otra cosa que no sea la esperanza de seguir esperando.

10

Amar consiste en sostener la distancia exacta donde el oxígeno multiplica la llama sin consumir la madera. Demasiado esfuerzo y el fuego bosteza, demasiada avidez y la tea muere. Dos opuestos conjuran entonces un crepúsculo: contrato silencioso entre vulnerabilidad y deseo.

11

Hay cuchillos que nacen corroídos y, por ello, cortan más profundo, conocen la anatomía de la pérdida. Son preguntas no formuladas que oxidan la lengua mientras esperan bautismo. Cuando al fin se pronuncian, trazan en el pensamiento cicatrices imborrables y necesarias.

12

La historia colecciona espectros como si fuesen medallas. Cada imperio, convencido de custodiar su gloria, olvida que el calor residual no distingue vencedor de vencido, apenas conserva, en su rescoldo indiferente, la forma efímera del poder que se creyó perpetuo.

13

El gris practica una humildad sin testigos, se inclina ante cada superficie sin negociar altura. Quien aprende su credo despierta ligero, capaz de sostener el universo en la yema de un dedo e ignorar, al mismo tiempo, la pompa gravitatoria del ego.

14

Prolonga el silencio lo suficiente y verás cómo se vuelve pasadizo. Te conducirá a una estancia donde ningún nombre se reconoce en el espejo. Ahí, el pensamiento no se repite, sino pregunta: ¿eres vos, o tan solo la sombra que tu deseo proyecta sobre el vacío?

15

La naturaleza ejerce su oficio con arrogancia misericordiosa, enciende el cielo un parpadeo y entrega al ojo la nostalgia de la noche. Su soberbia es pedagogía, nos recuerda que toda luz digna vive de su propio precipicio.

16

Trazar fronteras con sangre es susurrar al universo que todavía permanece vivo el miedo. Sin embargo, hay cadáveres que sonríen cuando el viento borra su nombre recién inscrito, intuyen que toda línea sobre la tierra concluye en compartimento.

17

El crepúsculo no media, desgarra y sutura. Habitarlo es aceptar que ninguna síntesis sana la herida de existir, solo celebra su resplandor efímero antes de hundirse, de nuevo, en la dialéctica perpetua del amanecer.

18

El silencio aconseja ligereza, el ego responde con roca. Ignora que incluso la montaña termina declinándose en talco ante la paciencia del viento. La verdadera fortaleza no alza muros: flota, imperceptible, en la bruma que arriba la aurora.

19

Somos antorchas invertidas, arde el tuétano, no la corteza. Intentar apagar la llama interior solo derrama tinieblas hacia afuera, multiplicando sombras que declaran nuestra derrota sin pronunciarla.

20

Los linajes anhelan elevarse como árboles, pero la savia del pasado se filtra a la tierra y espera otras raíces. Quien excava su apellido hasta encontrar carbón descubre que la herencia más fértil es la oscuridad que nos abona.

21

El poeta ensaya ruinas para domesticar al silencio. Su vocación no es edificar sentido, sino desmoronar palabras hasta que el aire, al fin libre, revele la melodía que sostiene la nada.

22

El exilio nace cuando tu nombre, pronunciado en la lengua madre, suena extranjero. Desde entonces cada sílaba se convierte en una migración táctil que roza los labios y no reconoce labios.

23

Esperanza y veneno comparten alquimia, cura la dosis justa, mata el exceso. Almacenar días como si fuesen antídotos garantiza una lenta intoxicación de futuro. Sobrevivir consiste en mantener la cicatriz fresca, recordando que vibra lo que no cierra.

24

Cuando una amistad quema, queda suspendida en el aire un aroma de casa vieja. No te acerques a recogerlo, es perfume de espectros. Déjalo ascender, quizás aprenda la forma de plegaria y te devuelva, transfigurada, la parte de vos que entregaste.

25

La derrota absoluta se celebra en silencio, no deja ruinas para que el vencedor exhiba. Por eso el poder necesita monumentos, teme que la ausencia de huella revele la inutilidad del triunfo.

26

Los ídolos nacen rotos para vender pedazos de fe. Cada fragmento promete la plenitud que el siguiente también prometerá. Consumir devoción es el negocio perfecto, el vacío se recicla sin fin, cobrando cada vez peaje de asombro.

27

La lucidez no ilumina, incinera. Luego, en la penumbra resultante, destella el contorno de lo real, un cuerpo sin maravilla ni indulgencia. Quien soporta ese destello aprende a caminar sin sombra, confiando el rumbo a la quemadura de su memoria.

28

Desconfía del amante que pule tu espejo, desea habitar tu reflejo. Mejor aquel que, al mirarte, permite que el vidrio nuble su imagen para conservar la tuya intacta, sin usurpación.

29

Toda despedida nace con apéndices de sombra adheridos a la luz. Podemos podarlos, pero la savia fantasma seguirá pulsando, recordándonos que el corazón tiene memoria incluso en sus ramas amputadas.

30

Viajar es despoblar el equipaje. Regresas con los bolsillos atiborrados de huecos y comprendes, entre risas y miedo, que el paisaje más remoto era el que se ocultaba detrás de tu mirada.

31

La justicia humana incendia herejes para calentar el consenso. Las cenizas se depositan en urnas lujosas y se llaman verdad. Dentro, un rescoldo pronuncia: nadie está libre de morir en turno.

32

La belleza perfecta roe el espíritu como termita de luz, al contemplarla larga demás, surge la sed de quebrarla para que el universo recupere su respiración imperfecta. Así nace la creación: acto vandálico contra el tirano fulgor de lo impecable.

33

Cuando el fuego se ovilla en brasa, su humilde fulgor sostiene la posibilidad de otra aurora. El poema aspira a ese estado: carbón latente preparado para migrar de pecho en pecho, iluminando la noche exacta que cada viajero ignora.

Piedra papel o tijeras

Gris amanecer
acaricia amapolas,
florece el cielo.

Luz de lluvia suave
pinta ciruelos plenos,
esboza el día.

Duda luminosa
diluye viejas sombras,
canta el sendero.

Silencio dorado
ondea entre los juncos,
danza la orilla.

Ríe la distancia
con campanas de nubes,
brota la tarde.

Pétalo de agua
refulge sobre el río,
sueña la espuma.

Gris transparente
besa el trigo ondulante,
vibra el relente.

Viento de azahares
borda el aire en chispazos,
seduce el perfume.

Nube violeta
se disuelve en cobalto,
enamora su luz.

Colibrí de deseos
sorbe azules del aire,
yace el instante.

Secreto de alga
mece peces de ópalo,
canta la hondura.

Gris jubiloso
recoge miel de esperanza
brilla el espacio.

Círculos de sol
giran sobre tu risa,
surgen geranios.

Lluvia de tréboles
posan entre tus pasos,
agradece la tierra.

Silbo de estrellas
humedece tus párpados,
sueña el zafiro.

Lago amanecido
sostiene un vuelo naranja,
calla la brisa.

Recuerdo celeste
dora la piel del tiempo,
añora tu regreso.

Formas de jácara

enséñale al eclipse,

aprende la tarde.

Canto de adobe

abriga patios dormidos,

danza el culpable.

Gris que ilumina

allana el oleaje del mar,

nace la escollera.

Luz compasiva

al grano gris lo bautiza,

paz definitiva.

Flor del sosiego

abre en canto el tibio riego,

dulce fuego.

Río de miel

cicatriza el tajo cruel,

Allana la piel.

Voz peregrina

siembra trigo y golondrina,

el sol germina.

Un nuevo día

despierta al sueño, lo guía,

clara alegría.

Mano serena

parte la cena, al miedo amena,

luz que ordena.

Gris verdadero

vuela en nube y mar dichoso,

cielo gozoso.

Mirada pura

guarda océano y espesura,

alta ternura

Rosa sin nombre

perfuma al que ignora y asombre,

salva al hombre.

Lluvia de gozo

despierta al valle perezoso,

canto victorioso.

Sol compasivo

arropa al pobre y al vivo,

calor festivo.

Agradece el agua

cuando la grieta se fragua,

luz sin enagua.

Puente indulgente

une orillas sin pecado,

beso sagrado.

$e^{\pi i} + 1$

firma el cero infinito,

cifra que canta.

Φ rige el pétalo:

espiral que nombra al viento,

dorado instante.

Cero de ζ(s)

silencio en la recta crítica

onda primigenia.

Mandelbrot sueña

paisajes autocontenidos,

sueño sin borde.

∫ dx / x

abroca luz logarítmica,

tiempo decanta.

01100111 01110010 01101001 01110011

01101100 01110101 01111010

01100011 01101111 01101101 01110000 01100001

gris amanecer

ilumina compasión

gozo silente

--. .-. .. ...  / .-.. ..- --..  / --. --- --.. ---

67 72 69 73

6C 75 7A

63 6F 6D 70 61 73 69 6F 6E

Brilla gris néctar

derrama alegría

quieta compasión

ATG TAC GGA

CTG TTA GAA

GGT CAT TCG

Luz gris abraza

jovial compasión vibra

silencio late

□□😊

□□□

Silencio gris luz

compasión florece ya

alba sin sombra

$C_{10}H_{14}N_5O_6P$ desoxi-adenosina

$C_{10}H_{15}N_5O_7P$ desoxi-guanina

lazo helicoidal

Gris hélice

luz clona compasiones,

canta el principio.

$\lim_{x\to\infty} (1 + 1/x)^x$

$= e$

$e^{(i\pi)} + 1 = 0$ todo vuelve al uno

Lengua se anula,

infinito se pliega,

uno despierta.

Pausa para la merienda

Antes de dejar paso al niño del Volumen III, se despeja el horizonte filosófico. Occidente levantó escuelas para nombrar su zozobra, Oriente, mientras tanto, reflexionó el vacío sin vitrinas. Este interludio muestra, en pocas páginas, cómo la presente obra recoge esas ruinas y las funde en el crisol gris-compasivo de ∞ = 1.

Schopenhauer dictaminó que la voluntad devora la vida desde adentro y hace del mundo una representación dolorosa.

Cuando la voluntad se reconoce río (flujo), ya no engulle, acompasa. El sufrimiento pierde rango ontológico y se vuelve oleaje necesario. Respiramos la ola, avanzamos.

Nietzsche observó cadáveres de dioses y cenizas de valores.

Derrumbar ídolos no es tragedia si el vacío se entiende como matriz fértil. La ruina abre un claro donde el juego creador despliega fichas sin exigir nuevo altar. Jugamos, avanzamos.

Kierkegaard, Sartre, la existencia precede al concepto, la angustia pesa.

La angustia se disipa cuando libertad y responsabilidad se funden en paz activa. Elegir ya no es juicio final, sino acto cotidiano cepillarse los dientes del cosmos. Sonreímos, avanzamos.

Heidegger cavó en el Ser, Foucault cartografió dispositivos, Derrida pulió la diferencia, críticas descoloniales y de género denunciaron los márgenes silenciados.

Señalar fisuras es necesario, habitar la casa y alumbrarla, imprescindible. Reconocer la indeterminación del signo abre paso a la acción compasiva. Iluminamos, avanzamos.

Ilustración, positivismo, tecnocracia trazaron una flecha lineal hacia la "mejora" infinita.

El progreso sin ecuanimidad avanza un metro, desgarra diez. Acá la flecha se curva y se hace espiral, integrando empatía en cada vuelta. Giramos, avanzamos.

Los pesimistas nombran la herida,

los nihilistas queman el vendaje,

los existencialistas analizan la hemorragia,

los postestructuralistas disecan el signo del dolor,

la tecnocracia ofrece prótesis brillantes.

Esta obra no niega esas genealogías, las convoca, las destila y las suelta. Tras su combustión queda un solo rescoldo, el Uno que palpita en cada plural. Vector respiratorio.

Dolor aceptado=gris contemplado= silencio compasivo= acción sin deseo.

Gris se transfigura,

irrumpe luz madura,

paz la inaugura.

Que continúe el juego.

El poeta contemplaba la escena desde la sombra, igual que quien mira una hoguera ajena sin atreverse a acercarse. Entonces llegó el niño gorra ladeada y rodillas raspadas, y empezó a seguir las líneas de tiza que algún dios distraído había dibujado en el suelo. Jugaba sin reglas ni pronósticos, sólo saltaba de cuadro en cuadro mientras reía. El poeta comprendió que, para que el milagro continuara, debía

hacerse a un lado: así, despacio, se quitó el abrigo de palabras y lo dejó colgado en una rama.

El niño se detuvo, lo miró con la misma transparencia con la que se miran los charcos después de la lluvia, y buscó algo en su bolsillo. Sacó un pequeño camello de madera rugoso, color miel y lo puso en la mano del poeta, como quien entrega una brújula que sólo apunta al asombro. Después, sin decir nada, retomó su ruta de tiza y se alejó saltando, hasta desaparecer detrás de un seto despierto de mariposas.

El poeta lo vio irse con una sonrisa recién estrenada, acarició el juguete y supo que la próxima estación de su libro no sería ni La Mancha ni Piedra, Papel o Tijeras, se llamaría La Rayuela, porque ahora tocaba brincar la tierra entera en nueve casillas y volver con una sola piedra, ligera como un recuerdo feliz.

La Rayuela

Hola.

Dibujé este caminito con un pedazo de tiza que encontré. No es calle ni vereda, es un puente de cuadritos que va de la tierra al cielo y vuelve, como un colibrí cansado.

Mirá:

Cuadro 1 es la semilla. Dejá ahí tu nombre, quietito, para que brote.

Cuadro 2 y 3 son alas mellizas: sal-tá en puntitas, el aire está entrenado para no soltarte.

Cuadro 4 es un fuegito que canta bajito. No quema, sólo recuerda que la luz alguna vez estuvo asustada.

Cuadro 5 y 6 se mecen verde. Si sentís cosquillas en los pies, es el pasto saludando.

Cuadro 7 huele a tarde que se duerme. Si te mareás de naranja, parpadeá suave.

Cuadro 8 es violeta y perdona todo. Hasta los tropezones florecen ahí.

Cuadro 9 lo llamo Cielo, pero en verdad es un espejo, te muestra tu salto sin peso y sin ruido.

Regla única (las demás las inventamos después)

tirás esta piedrita es un leoncito de madera que me regaló un amigo y donde caiga empezamos.

Cuando llegues al cielo, agachate, levantá la piedra y volvé saltando.

Si nadie regresa, la tiza se borra y el puente se pone triste.

¿Listo?

Semilla

mi nombre se hace canica

y se esconde bajo el barro

ahí sueña un partido de fútbol

con los gusanos de arquero

la lluvia baja y le hace cosquillas

achí-achí-achís

mientras un "nosotros" brota

como dibujo que se colorea solo

las cosas chiquitas inventan mundos enteros

salta, salta, vuelve

Ala izquierda

lanzo mi piedrita avión

¡plim! cae en el cuadro dos

el viento sopla y me presta patines

subo tan alto

que cuento cometas en vez de nubes

cometa uno, cometa dos, cometa tres

todas diferentes

todas comparten la misma cuerda cielo

quien mira arriba aprende a juntar diferencias

salta, salta, vuelve

Ala derecha

mis zapatos chapotean un charco espejo

el espejo pregunta: "¿sos vos o un pirata?"

le guiño

y dibujo un bigote con agua

un bichito barco navega nuestro océano redondo

no deja huella

pero reparte carcajadas como galletitas

la identidad cabe en un salpicón y en una risa

salta, salta, vuelve

Valle misterioso

el suelo se hace mantita

me acuesto panza arriba

escucho el crujir de las galletitas de pasto

cuentan historias sin tinta

"había una vez un trébol que quería ser dragón verde"

cierro los ojos para oír mejor

cuando escuchás al pasto, el ruido grandote se achica

salta, salta, vuelve

Columpio amarillo

me balanceo sobre el aire

subo, bajo, subo

cada subidita suelta pompitas invisibles

un perro lejano las persigue solo con la nariz

él no me conoce

yo no sé su nombre

pero reímos en el mismo idioma de cola contenta

ser liviano deja lugar para que otros jueguen también

salta, salta, vuelve

dejá que el señor grande se quede en la vereda,

y vení a jugar.

Trampolín de Luna

mi piedra rebota

en un trampolín de leche

¡pup! ¡pup!

cada salto cose un botón

al saco oscuro del cielo

la Vía Láctea aplaude despacio

y suena como lluvia en lata

subo tan alto

que oigo a la noche decir "gracias"

al bajar traigo un silbido claro

que cabe en cualquier bolsillo

quien guarda un silbido lleva un faro portátil

salta, salta, vuelve

Hamaca Mandarina

el atardecer se mece

como hamaca de cáscara dulce

yo me columpio dentro

la luz hace glup, glup

y se vuelve jugo cantado

una luciérnaga se posa

en mi flequillo sudado

para que no me pierda

cuando el día cierre la persiana

muerdo el último gajo de oro

y dejo la pepita al viento

la semilla del sol germina en quien comparte su dulce

salta, salta, vuelve

## Alfombra Lavanda

caigo blando

sobre una alfombra de perfume violeta

el aire me presta almohada

mis errores llegan en fila

todos mugrientos

la alfombra los lame

y quedan brillantes como canicas nuevas

un gato de humo se arrolla

contra mi

ronronea perdón

y se disuelve en azul tranquilo

perdonar es pulir piedras hasta que jueguen a brillar

salta, salta, vuelve

## Cielo

en el último cuadro

el piso se hace cristal de agua

me miro de cabeza

y soy cometa sin piolín

meto la mano al reflejo

y saco mi león piedra

ahora luce un tatuaje de nubes

entiendo: arriba y abajo

son dos caras del mismo truco

me guardo el espejo en mi

para que el asombro no se quede huérfano

todo salto regresa convertido en eco de infinito

salta, salta, vuelve

## Antes de Las Escondidas

Me quedé solo en la hamaca. La plaza huele a tierra de plastilina y el cielo a témpera rosa que alguien olvidó tapar. Mis amigos ya se fueron a sus casas. Yo espero a que papá toque bocina, y mientras la cadena chirría invento preguntas grandotas con palabras de recreo:

¿Por qué hay chicos con mochila llena y otros con cuaderno prestado?

¿Por qué los grandes pelean como si los gritos fueran figuritas difíciles?

¿Por qué la pobreza camina descalza y la abundancia estrena zapatillas toda la semana?

Y esa grieta que mencionan en la tele, ¿será un pozo o un rayón mal borrado en la carpeta de la nación?

El cantero no responde, pero las hormigas, catedráticas de "jugar en equipo", me guiñan seis ojitos:

La migaja que guardás sin compartir se hace piedra en tu panza.

Pienso que tal vez el mundo moderno está lleno de adultos que olvidaron cómo se reparte la merienda. Se quedaron tan ocupados sumando que perdieron la cuenta de la risa.

Entonces planeo el próximo juego: el cuarto de nuestra travesía. Nada de inventos raros, será el clásico "Las Escondidas". Su regla secreta que los grandes olvidan dice que nadie gana hasta que todos son encontrados y vuelven al círculo.

Ya imagino la plaza como un corazón gigante:

Uno se cubre los ojos contra el algarrobo y canta un, dos, tres…

Los demás se dispersan: detrás del tobogán, bajo los sauces.

El buscador termina la cuenta y grita: ¡Voy!.

Encontrar no es atrapar, es traer de regreso. El juego termina sólo cuando todos, incluso el más tímido, pisan el árbol y ríen juntos.

En mi cabeza esa regla arregla las cosas, si la pobreza, la grieta y los fanatismos fueran partidas de escondidas, bastaría buscar hasta hallar a cada uno y traerlo a la base, sin burlas, para que la partida cierre redonda.

Pero no llego a explicar mi idea porque aparece el faro amarillo del auto. Papá toca bocina dos veces, señal de que el juego con amigos terminó por hoy. Siento que me interrumpen justo cuando el universo iba a contar noventa y nueve, cien…, pero entiendo, hasta los juegos necesitan pausa para soñar la próxima ronda.

Guardo mi piedra león en el bolsillo, miro la plaza desinflarse en la penumbra y me digo:

Mañana jugaremos a las escondidas de verdad,

encontraremos al que le falta techo, al que perdió la voz,

al que colecciona rencores como estampillas rotas.

Y cuando todos regresemos al árbol, el mundo dejará de doler como dedo golpeado.

Subo al auto. La bocina es el gong que despide el recreo y abre la ruta, detrás de la ventanilla, las luces de la calle parecen linternas puestas para que el quinto juego el de vivir empiece sin tropezar en la oscuridad.

## Mañana de regreso

Hoy el cielo amaneció con olor a cuaderno nuevo.

Corrí a la plaza porque las hamacas me hacían señas de metal, y ahí lo vi: el Poeta.

Estaba lejos, casi pegado al tronco del algarrobo grande, con una libreta del color de los duraznos.

Se quedaba quieto, como si su silueta fuera su sillón, y escribía algo en letra chiquita que yo no alcanzaba a leer.

Cada tanto levantaba la cara y me miraba, pero no con ojos de maestra que controla, sino con ojos de explorador que descubre constelaciones.

Yo seguí hasta el rayado de tiza que todavía yacia en el suelo.

La piedrita león me esperaba, en el sol, justo en el cuadro uno.

Levanté la mano y se la mostré al Poeta, él alzó su libreta, como si fuera una piedrita de papel, y sonrió.

Entonces entendí: él anotaba los saltos para que no se escaparan durante la noche.

Quizá también escribía el viento, o el chasquido que hacen las zapatillas cuando el pie choca contra la tarde.

Me acerqué un paso, pero pensé que tal vez las palabras necesitan espacio para crecer, como las plantas de zapallo.

Así que le grité desde mi cuadro:

¡Hoy jugamos a las escondidas! ¿Te animás a buscar?

El Poeta apoyó la libreta, como quien guarda un secreto que se descubre, y asintió despacito.

No hizo falta más. Yo tiré la piedrita, él abrió su birome.

La plaza, feliz, volvió a estirarse como un gato al sol, lista para la nueva partida.

## Pobreza

Te encontré agazapado detrás del columpio sin pintura,

la barriga cantando tambores de aire,

los cordones hechos nudos de aguantar.

Tus ojos eran dos semillitas sin maceta

mirando cómo los demás corrían con alegría en las manos.

Me acerqué sin ruido,

abrí mi merienda como quien abre una ventana,

partí la galleta y soplé las migas para que parecieran nieve de fiesta.

Comimos despacio, contando estrellas imaginarias.

¿Volvemos juntos al árbol?

dijiste que sí,

y el banco dejó de sufrir en soledad.

## Soledad

Te descubrí sentado dentro del túnel del tobogán,

la luz entraba sólo hasta tus zapatillas,

y tu sombra se acurrucaba en tu propio regazo

como un peluche sin nombre.

Traje mi camión de plástico y lo hice rugir despacio

para que no asustara a tu silencio.

Lo empujé hasta tus rodillas:

¿Le damos una vuelta al mundo?

Tus ojos, antes apagados, prendieron dos farolitos amarillos.

Rodamos juntos por la vereda:

cada piedra fue montaña, cada insecto un dragón amable.

Al final, dejé el camión en tus manos

y sentí que el túnel se estiraba,

volviéndose sendero.

## Fanatismo

Te hallé escondido detrás de una bandera gigante,
tan grande que te tapaba los oídos y los ojos
como si fuera una capa de súperhéroe que olvidó salvar.
La bandera gritaba sola,
y vos, enredado en sus colores,
no podías escuchar el canto de los gorriones.
Me acerqué con mi trompo de arcoíris,
lo lancé frente a la tela y empezó a girar,
mezclando todos los tonos hasta que se volvieron abrazo.
Probá mirarlo dije,
viste que ningún color muerde al otro cuando bailan juntos.
Entonces soltaste la bandera
cayó al pasto y se volvió cometa tranquila.
Compartimos el trompo:
cada vuelta era una ronda donde cabíamos los dos
sin necesidad de gritar para existir.
¡Te encontré! Volvamos al árbol.

## Violencia doméstica

Te encontré encogido dentro de la casita de plástico,
con las ventanas dibujadas, pero sin puertas de verdad.

Tus brazos rodeaban los hombros

como si quisieran convertirse en escudo,

y temblabas cuando el frio entraba por la lámina del techo:

decías que ese golpeteo sonaba igual

que los portazos de anoche en tu casa.

Me senté a tu lado y, con tiza celeste,

dibujé una puerta en la pared falsa.

Le dibujé picaporte de estrella

y aldaba que sólo abre con la palabra calma.

Después apoyé mi mano en el aire del dibujo

y la puerta se abrió en secreto:

del otro lado corría un jardín lleno de bicicletas sin freno.

Te invité a cruzar.

Respiraste hondo, tomaste mi mano

y dimos un paso juntos fuera del ruido invisible.

La casita quedó atrás,

pero la puerta pintada siguió brillando

para que llegue cualquiera que lo necesite.

¡Te encontré! Volvamos al árbol.

## Grieta política

Te vi al borde del arenero,

un pie de cada lado de una raya profunda

que alguien había marcado con palo y enojo.

La raya corría como un rayo congelado:

de un lado, banderines rojos,

del otro, globos azul brillante.

Tus manos estaban cruzadas,

como si quisieran ser puente

pero se hubieran olvidado cómo.

Me acerqué con mi tiza multicolor

y dibujé un zig zag de arcoíris encima de la raya.

Le puse casillas numeradas,

como si la rayuela pidiera risas.

¿Probamos saltar? pregunté.

Tus cejas dudaron,

pero tus zapatillas dijeron que sí,

porque el instante no entiende de discursos.

Saltamos: uno, dos, tres…

en cada cuadro cambiábamos de palabra:

yo decía hola, vos decías gracias,

luego alimento, luego abrazo.

Cuando llegamos al final, la raya dura

se había convertido en camino juguetón,

y los globos azules se mezclaban con los banderines rojos

como serpentina de cumpleaños.

Te reíste, por fin, con todos los dientes

y la grieta se encogió,

del tamaño de una arruga contenta.

¡Te encontré! Volvamos al árbol.

## Crisis ambiental

Te descubrí agachado detrás del banco descascarado,

la plaza parecía enferma: papeles sin nido,

botellas huecas como fantasmas de refresco,

y el pasto, pálido, tosía con briznas secas.

Vos juntabas basura en montoncitos tristes

mientras usabas una tapita de refresco por casco

y una botella vacía por espada de cartón.

Me agaché a tu lado.

Silbé con una hoja de plátano y llegaron refuerzos:

una lagartija ingeniera que mide fisuras con la cola,

un caracol camión que carga hojas como mudanzas lentas,

y un colibrí bombero que trae agua en su pico chispa.

Operación Pulmoncito— susurré.

La lagartija empujó papeles hasta un hoyo,

el caracol los tapó con tierra húmeda,

el colibrí regó todo, chis chis, como lluvia pequeña.

Mientras ellos trabajaban,

convertimos tu botella en regadera: agujeritos con mi llave vieja,

la tapita pasó a ser maceta para tres semillas de girasol
que guardaba como tesoro en mi bolsillo.
Cuando terminamos, el banco olía a suéter recién lavado
y la plaza respiraba un poquito más hondo.
Te saqué el casco de tapita y lo puse en un palo:
Será la bandera del nuevo jardín, dije.
Sonreíste, tus ojos volvieron a brillar
como si el cielo hubiera limpiado sus vidrios.

Silencio

Busqué detrás del tobogán, bajo los bancos, dentro del arenero.
Nada.
Cuando el juego parecía haberse gastado,
estalló un tic diminuto en la panza hueca del algarrobo.
Me quité las zapatillas para no pisar el misterio
y asomé la cara al túnel de corteza.
Allí estabas, hecho caracol,
escuchando la queja de la madera
como quien oye un cuento que sólo se deja contar en voz bajita.
No pregunté.
Apoyé mi oreja junto a la tuya,
adentro sonaba un toc toc de instrumento antiguo,
igual que la lluvia cuando estudia música.

Tus ojos dijeron:

—¿Lo oís?—

Yo parpadeé que sí,

y el mundo empequeñeció hasta caber en ese compás invisible.

Partimos el silencio:

mitad para vos, mitad para mí.

No hablamos, porque algunas palabras

serían como piedras en la sopa del aire.

Al fin, el sol se arrodilló detrás de los techos

y doró el tronco como dulce de cuento.

Salimos sin prisa, con el corazón en puntas de pie,

y nos sentamos sobre la raíz más ancha

a ver cómo la noche doblaba el día

y lo guardaba en su bolsillo,

igual que un niño guarda la canica favorita

para jugar de nuevo mañana.

## Despedida

Miro al Poeta desde la vereda.

La plaza cansada como paraguas,

Hoy los encontramos a todos le digo.

Si mañana nos volvemos a perder, no importa:

el corazón del árbol guarda el mapa en su forma.

Sólo hay que pegar la oreja y escuchar despacito.

El Poeta cierra su libreta,

y me saluda tocándose un sombrero de aire.

La bocina de mamá guiña dos veces:

es la señal de que el recreo se muda a la cocina.

Guardo mi piedra león.

Le encargo que cuide el tronco

hasta que otro buscador necesite camino.

Antes de irme, dibujo en la tierra un círculo abierto:

por ahí caben futuros jugadores.

Hasta siempre digo,

que la noche te alcance con manos de manta

y el silencio te cante canciones que curan.

Y corro al auto.

El sol se traga el último sorbo de naranja,

mi sombrita salta una rayuela imaginaria

y se mete conmigo en el asiento de atrás.

El recreo continúa afuera.